



Generalitat de Catalunya
Departament d'Interior

Institut de
Seguretat Pública
de Catalunya



EL CONFLICTO DE NAGORNO KARABAJ

¿EL FIN DE LAS PRETENSIONES RUSAS EN EL CÁUCASO?

MARIO MARTÍNEZ-CANTULLERA GUERRERO

NIUB: 18112765

Director del Trabajo: Josep Baqués Quesada

Grau en Seguretat

Institut de Seguretat Pública de Catalunya

UNIVERSITAT DE BARCELONA

JUNIO 2021

Índice

1. Introducción	3
1.1 El final de la guerra fría y la redefinición de la Federación Rusa	4
1.2 Objeto de la investigación.....	7
1.3 Planteamiento de la pregunta de investigación y de la hipótesis.....	9
1.4 Diseño y metodología de la investigación.....	9
2. Aproximación histórica sobre la región del Cáucaso	10
2.1 Marco general histórico de la región del Cáucaso	10
2.2 Azerbaiyán, Armenia, y Nagorno-Karabaj: orígenes y desarrollo del conflicto	12
2.2.1 Historia antigua de Nagorno-Karabaj.....	12
2.2.2 Siglos XVIII y XIX: La llegada del Imperio Ruso al Cáucaso	14
2.2.3 La 1ª Guerra Mundial y el periodo de entreguerras en el Cáucaso	15
2.2.4 La guerra fría en Nagorno-Karabaj.....	18
3. Marco Teórico	22
3.1 La escuela realista: el realismo clásico y los neorealismos.....	22
3.1.1 Pinceladas sobre el realismo clásico	22
3.1.2 El realismo defensivo: Kenneth Waltz.....	23
3.1.3 John Joseph Mearsheimer: el realismo ofensivo	24
3.2 Samuel Phillips Huntington: El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial	32
4. Estudio de caso: el conflicto de Nagorno-Karabaj y su afectación regional	43
4.1 Introducción al estudio de caso	43
4.2 La llama vuelve a prenderse.....	45
4.3 El drama civilizacional ruso y su afectación en el equilibrio de poder.....	48
4.4 Turquía e Irán en clave civilizacional.....	55
4.5 La seguridad energética como herramienta de poder.....	57
5. Conclusiones	69
6. Referencias Bibliográficas	77

“Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum; qui victoriam cupit, milites imbuat diligenter; qui secundos optat eventus, dimicet arte, non casu. Nemo provocare, nemo audet offendere, quem intellegit superiorem esse pugnaturum” (Flavius Vegetius Renatus).

1. Introducción

La desintegración de la URSS en 1991, la cual llevaba agonizando desde la década de 1980, no fue un suceso menor en cuanto a la configuración de la estructura del sistema político mundial, de las relaciones internacionales, y por ende del reparto y equilibrio de poder tanto en la escena global como en la regional.

Durante el transcurso de la década de los noventa y el inicio del siglo XXI se presentó ante la OTAN (timoneada por Estados Unidos) una oportunidad única de atraer hacia ella a las viejas exrepúblicas soviéticas de Europa central y Europa del este, fruto de la fragilidad de la nueva Federación Rusa, así como de la gran ventaja (sobre todo económica y militar) que ostentaba frente a ésta, y del crecimiento constante de la Unión Europea.

Las sucesivas integraciones de exrepúblicas soviéticas tanto en la OTAN como en la UE fueron constantes entre 1999 y 2009, y el hambre occidental parecía no estar saciada cuando llegó a plantearse en 2008 la admisión de Georgia y Ucrania en dicha organización. Sin embargo, cuando los acercamientos de Georgia y Ucrania hacia la OTAN se transformaron en una voluntad explícita de formar parte de esta organización, el Kremlin no se quedó de brazos cruzados.

En aquel entonces la situación y las capacidades de Rusia eran distintas a las de la década anterior, y desde Moscú no estaban dispuestos a tolerar que dos países con los que no sólo comparten frontera y lazos históricos, sino que además son fundamentales desde la perspectiva de la seguridad energética del país (Escribano ,2014:1)¹ se unieran a Occidente sin que hubiera ninguna consecuencia.

De este modo, la intervención rusa en el conflicto georgiano-osetio en el verano de 2008, y la anexión de Crimea en 2014 ponían de manifiesto que Rusia no iba a permitir que la OTAN dejara al país eslavo encajonado en una ratonera sin salida (geográficamente hablando). Sin embargo, el asombro surgió cuando 7 años después del conflicto en Ucrania, cuando la llama del conflicto entre armenios y azeríes volvió a prenderse en las montañas de Nagorno-Karabaj, Rusia no intervino y, sorprendentemente dejó a sus “hermanos” armenios abandonados a su suerte².

¹ El 50% del gas ruso que tiene como destino Europa se suministra a través de los gasoductos que atraviesan Ucrania. Escribano, G. (2014). *Las consecuencias energéticas del conflicto de Ucrania*. Real Instituto Elcano.

² Esto no significa que la Federación Rusa no desempeñara, ni mucho menos, ningún papel en el conflicto, sino más bien que la implicación fue muy distinta a la del caso georgiano y ucraniano.

Es precisamente esta confusa pasividad rusa en relación al conflicto de Nagorno Karabaj la que motiva el siguiente trabajo de investigación, el cual tiene como objetivo desmenuzar y descubrir, en la medida de lo posible, las causas y las razones por las que la Federación Rusa no ha actuado con la firmeza que actuó en 2008 y en 2014 en Georgia y Ucrania respectivamente, más aun en una región de gran valor geoestratégico³ (Ibarra, 2011:2) situada a escasos kilómetros de la frontera sur rusa, que además de poseer ingentes cantidades de recursos energéticos representa una zona de creciente importancia en cuanto al suministro de los mismos.

1.1 El final de la guerra fría y la redefinición de la Federación Rusa

No cabe duda que el colapso soviético implicó que surgieran grandes vacíos de poder en diversos territorios, especialmente en aquellos países que habían sido durante la guerra fría repúblicas socialistas soviéticas, los cuales se encontraban en las regiones de Asia central, Europa Oriental, y el Cáucaso.

Asimismo, el deceso del gigante comunista comportó la generación de algunos conflictos nuevos, y de otros que estaban latentes y habían permanecido adormecidos y supeditados a la lógica de la guerra fría durante el dominio soviético de ciertos territorios.

De esta manera, según el analista Francisco J. Ruiz González (2011):

“...los conflictos producidos durante la disolución de la URSS y su conversión en 15 Repúblicas Socialistas Soviéticas (RSS) independientes pasaron mayormente inadvertidos en el resto de Europa, a pesar de su extrema violencia y trascendencia para nuestra seguridad colectiva. Estos enfrentamientos distan mucho de haber sido resueltos, y permanecen hoy en día en forma de «conflictos congelados», que en cualquier momento pueden reactivarse y dar lugar a un importante choque armado regional⁴” (p.7).

³ Ibarra, C. (2011). *Análisis de la influencia del conflicto por Nagorno-Karabaj en la construcción de un complejo regional de seguridad entre Irán, Rusia y Turquía en el sur del Cáucaso (periodo 1988-2008)*. Universidad Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. Facultad de Relaciones Internacionales (Bogotá D.C, 2011).

⁴ González, F. (2011). *Conflictos en el espacio postsoviético: situación actual y posible evolución futura*. [boletín de información n. 9319]. Ministerio de Defensa. pp.7-38.

Los conflictos a los que se acaba de hacer referencia encajan (en algunos casos, como por ejemplo el del Cáucaso) con la tipología de conflictos que definió el autor Samuel Phillips Huntington en su obra titulada *“El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”* (1996) según el cual la naturaleza de estos conflictos que resurgieron con el final de la guerra fría están relacionados con las tensiones y discrepancias producidas entre distintas civilizaciones, y/o religiones.

En este contexto se enmarcan conflictos como las guerras yugoslavas, dentro de las cuales se incluye el sonado conflicto entre serbios, bosnios y croatas, o por ejemplo la guerra de Kosovo, aunque fuera de Europa también existen diversos ejemplos, tales como los conflictos producidos en el Cáucaso en países como Georgia y Armenia (aunque también se podría incluir el conflicto checheno), o incluso con algunos matices la guerra, o mejor dicho, el genocidio de tutsis en Ruanda a manos de los hutus en el seno del continente africano (en tanto que este conflicto se enmarca más bien en una lógica tribal y no civilizacional).

Ante esta coyuntura, la recién nacida Federación Rusa nació coja en este escenario postguerra fría debido a que heredó de su “madre comunista” tanto los graves desajustes económicos⁵ (Andrés, 2010: 87-88) como una crisis de legitimidad política que costaría varios años superar, con las dificultades añadidas que suponían los conflictos étnicos tanto dentro de sus fronteras (regiones del Daguestán y Chechenia, por ejemplo) como en las proximidades de las mismas⁶ (Sánchez, 1995: 197).

Además, la nueva Rusia liderada por Boris Yeltsin había perdido prácticamente a la mitad de su población y gran parte de su antiguo territorio debido a la independencia de las ya 15 exrepúblicas socialistas soviéticas, pasando de los cerca de 300 millones de habitantes durante el mandato soviético a los 148 millones cuando recién se formó la Federación (según los datos que ofrece el Banco Mundial para el año 2019, la población rusa es de poco más de 144 millones de habitantes⁷).

⁵ Sánchez, A. (2010). La proyección económica internacional de Rusia. *Influencia de la nueva Rusia en el actual sistema de seguridad*. pp. 85-120.

⁶ Sánchez, J. (1995). Los Estados surgidos de la antigua Unión Soviética y su articulación territorial en torno a Rusia. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie VI, Geografía, t.8, 1995*. pp.193-228.

⁷ The World Bank (2019) *Population, total-Russian Federation 2019*.

Aun así, desde Moscú se hizo todo lo posible para que los lazos (y en cierto modo el control) de los territorios que habían estado bajo el yugo comunista siguieran siendo fuertes al mismo tiempo que se trataba que las exrepúblicas soviéticas no se integraran en la lógica occidental.

Presumiblemente con este objetivo se crearon organizaciones como la CEI (Comunidad de Estados Independientes) en diciembre de 1991, y la OTSC (Organización del Tratado de Seguridad Colectiva), que al igual que la CEI estuvo compuesta por gran parte de las antiguas exrepúblicas socialistas soviéticas en sus inicios, todo y que ha habido (al igual que en la CEI) algunos países que han abandonado dicha organización.

No obstante, el ascenso al poder de Vladimir Vladimirovich Putin en 1999 iba a cambiar el paradigma ruso.

La entrada del nuevo siglo XXI y el nuevo gobierno ruso lograron que el país eslavo disfrutara de una mayor estabilidad política, social y económica. Dicha estabilidad fue alcanzada en gran medida gracias a la conjunción del aumento de los precios de hidrocarburos (Peña-Ramos, 2018:227) y a la necesidad de este país de exportar los mismos⁸ (Ruiz, J. y Vilarrubia, J., 2006:9), en tanto que son el pilar básico para la subsistencia de su economía. Aun así cabe añadir que al “milagro ruso” también contribuyó la venta de armamento, metales, madera, y otros productos agrícolas⁹ (Yákovlev, 2018:23), aunque las cifras de estas exportaciones no hacían sombra a la venta de crudo¹⁰.

En materia de seguridad, desde la llegada de Vladimir Putin al poder en 1999 hasta el 2007 se vivió un cierto clima de serenidad entre Occidente y la Federación Rusa, sin embargo, en el año 2008, cuando en la cumbre de la OTAN celebrada en Bulgaria se propuso la ampliación de dicha organización planteando la integración de miembros como Ucrania y Georgia¹¹, la “pax ruso-occidental” parecía haber concluido su efímera vida.

⁸ En el año 2006 las exportaciones de petróleo representaron un 40% del total de las exportaciones rusas. Ruiz, J. & Vilarrubia, J. (2006). *Canales de reciclaje internacional de los petrodólares*. (Documentos ocasionales nº0605). Banco de España.

⁹ Yákovlev, P. (2018). *La economía de Rusia proyecta un gran salto*. Publicado en *Iberoamérica Journal*, nº3, 2018, pp.7-32.

¹⁰ Los datos de la Administración de Información Energética de Estados Unidos (EIA) revelan que en 2016 Rusia exportó más de 5 millones de b/d de petróleo crudo y condensado, principalmente a China, Alemania, Holanda y Polonia. *U.S Energy Information Administration (2017). Oil Exports*.

¹¹ North Atlantic Treaty Organization. (2008). *Bucharest Summit Declaration*.

En noviembre de 2007, cuando el entonces presidente georgiano Mijaíl Saakashvili decidió convocar un referéndum sobre el ingreso en la OTAN el Kremlin no dudó en intervenir militarmente (en verano de 2008) en las regiones de Osetia del sur y Abjasia, ambas pertenecientes de iure a Georgia pero independientes de facto desde la desintegración de la URSS.

En aquel momento, Vladimir Putin no dudó en comenzar a “regalar” pasaportes rusos a los habitantes de las zonas sublevadas en Osetia del sur y Abjasia (algo que repitió en el conflicto de Ucrania 6 años más tarde¹²) alegando los lazos históricos, étnicos y culturales que unían a dichos territorios con la “Madre Rusia”.

1.2 Objeto de la investigación

Las cuestiones comentadas son las que hacen, en conjunto, confusa la asombrosa ausencia (relativa) de Rusia en el reciente conflicto sucedido en Nagorno-Karabaj (verano-otoño 2020), producido entre 2 de los países situados en el Cáucaso central, Armenia y Azerbaiyán, más aun cuando los 3 países que conforman el Cáucaso central fueron exrepúblicas soviéticas desde 1921 hasta inicios de la década de 1990 (1991), y en el caso de Armenia y Azerbaiyán comparten junto con Rusia su presencia en determinadas organizaciones internacionales, tales como la CEI, e incluso, en lo que concierne a Armenia exclusivamente, en la OTSC (Peña-Ramos, 2018:230¹³) y en la CEEA (Comunidad Económica Euroasiática).

Parece ser que el caso del último conflicto armenio-azerí entraña una complejidad distinta a la de los conflictos tanto de Georgia como de Ucrania, y ello queda reflejado tanto en el *modus operandi* ruso como en la reacción de la comunidad internacional, especialmente de Estados Unidos y la Unión Europea, pero la cuestión es ¿por qué? Si bien los elementos históricos y culturales que en cierto modo pueden unir tanto a georgianos como ucranianos con el pueblo ruso son mayores que en el caso del pueblo armenio, también es cierto que Armenia y sus gentes han sido históricamente (como país ortodoxo) más partidarios de cooperar y mantener buenas relaciones con Rusia (e incluso con la UE), más aun cuando la historia es testigo de que las relaciones con sus vecinos musulmanes (Turquía y Azerbaiyán principalmente) no han sido precisamente amistosas, y desde luego no parece que por ahora vaya a cambiar esta situación.

¹² Colás, X. (2019, 24 de abril). Vladimir Putin "regalará" pasaportes rusos en las zonas sublevadas del este de Ucrania. *El Mundo*.

¹³ Peña –Ramos, J. (2018). “La estrategia rusa de poder entre los mares Negro y Caspio: el conflicto de Nagorno-Karabaj en el Cáucaso Sur”, *Revista General de Marina*, Nº 274, pp. 227-237. En Grupo de Estudios en Seguridad Internacional.

De hecho, las declaraciones del ministro de asuntos exteriores armenio (Zohrab Mnatsakanián) en septiembre de 2020 reflejan cual es la visión que tiene el gobierno armenio sobre este asunto: “Armenia es Europa, pero Rusia es nuestro aliado (...) Tenemos unas relaciones muy importantes con Rusia, una relación de aliados (...) con muchos intereses comunes (...) Algunos dicen que es una contradicción. Por supuesto, es un equilibrio muy difícil (...) Pero es algo que está en el interés de Armenia¹⁴”.

Con todo lo expuesto, resulta si más no extraño que la Federación Rusa no haya apoyado con más firmeza al pueblo armenio en el último conflicto llevado a cabo en las montañas de Nagorno-Karabaj, pudiendo utilizar argumentos similares a los que utilizó en Georgia y en Ucrania, con la ventaja añadida de que las tropas rusas desplegadas en territorio armenio no se encontrarían en territorio “hostil”, puesto que además, ya existe una base militar rusa en territorio armenio (Setián, 2020:14¹⁵).

Los argumentos relacionados con los criterios históricos, culturales, étnicos, religiosos...y en definitiva civilizacionales que Rusia podría utilizar en el caso de Armenia no son los únicos que hacen que la actitud rusa en el conflicto de Nagorno-Karabaj haya sido confusa, sino que la importancia geoestratégica que entraña la totalidad del Cáucaso en sí, ya sea por su posición como puente entre Europa, Asia, y Oriente medio (así como entre el Mar Negro y el Mar Caspio), como por las ingentes cantidades de recursos energéticos (hidrocarburos) que yacen en el Mar Caspio, o por el papel de “*checkpoint*” que lleva a cabo dicha región en cuanto al suministro de los mismos, no hacen más que aumentar las dudas sobre el porqué de la pasividad rusa en un conflicto y una región vital para sus intereses (Peña-Ramos, 2018:229), la cual ha sido históricamente desde finales del siglo XVIII, su “patio trasero”.

¹⁴ Ortega, I. (2020, 12 de septiembre). Armenia es Europa, pero Rusia es nuestro aliado, según el ministro de Exteriores. *Agencia EFE*.

¹⁵ Setián, S. (2020). *Conflicto de Nagorno Karabaj 2020: ¿Nos encontramos ante la solución definitiva?* Documento de Opinión. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

1.3 Planteamiento de la pregunta de investigación y de la hipótesis

En base a lo comentado hasta ahora, el presente trabajo tiene como objetivo dar respuesta a la siguiente pregunta de investigación:

-¿Cuáles son las razones por las que la Federación Rusa no ha actuado con mayor contundencia en el conflicto de Nagorno-Karabaj sucedido en el año 2020?

El objetivo es, en síntesis, descubrir cuáles son las variables específicas que confluyen en esta región caucásica en particular (e inevitablemente en la región del Cáucaso en general) y como éstas afectan y condicionan a las tres potencias regionales del Cáucaso, centrando el análisis en la Federación Rusa. En relación a la preguntada formulada, la hipótesis que se plantea es la siguiente: Rusia tiene demasiados frentes (conflictos) abiertos tanto a nivel externo como interno, y que por tanto es la falta de capacidades (que no de voluntad) la que condiciona las posibles acciones que podría y desearía llevar a cabo en la región el país eslavo.

1.4 Diseño y metodología de la investigación

Debido a que el objeto principal de la investigación es comprender cuales son los motivos por los que la Federación rusa no ha tenido una mayor implicación en el conflicto de Nagorno-Karabaj sucedido en el año 2020, resulta adecuado emplear para este trabajo una metodología de carácter cualitativo con tal de poder indagar con más perspectiva el objeto de esta investigación. El objetivo es poder interpretar la información recopilada y tratada para posteriormente aplicar las teorías planteadas en el marco teórico con el fin de plantear una, o varias posibles respuestas a la pregunta de investigación formulada.

Por ello, la primera y principal técnica de investigación cualitativa que se aplicará es el análisis documental, con el objetivo de poder establecer una visión panorámica del estado de la cuestión del objeto de la investigación, a partir de la lectura de artículos científicos y trabajos académicos dedicados tanto al ámbito de la geopolítica desde el punto de vista estrictamente teórico, como desde un enfoque más concreto respecto a la región del Cáucaso, así como de algunas obras que servirán como base para elaborar el marco teórico (principalmente las correspondientes a John Joseph Mearsheimer y Samuel Phillips Huntington). Por tanto, los datos que se utilizarán para llevar a cabo la investigación serán en su gran mayoría datos de carácter secundario, en tanto que se partirá de la base de información elaborada por otros autores/investigadores, para posteriormente tratar esa información e interpretarla mediante la aplicación de las teorías comentadas anteriormente, con el fin de poder emitir juicios al respecto.

2. Aproximación histórica sobre la región del Cáucaso

2.1 Marco general histórico de la región del Cáucaso

Es necesario advertir que ya desde la edad antigua el Cáucaso no estuvo exento de disputas y conflictos entre multitud de pueblos e imperios. Los actuales territorios que comprenden Georgia, Armenia, y Azerbaiyán (integrados en la sub-región caucásica denominada Transcaucasia), así como los territorios del sur ruso (situados en la sub-región caucásica de Ciscaucasia¹⁶), fueron objeto de guerras constantes entre multitud de pueblos procedentes prácticamente de todos los rincones del continente euroasiático, y de algunas zonas del norte de África, destacando los Selyúcidas, Alanos, Partos, Romanos, Escitas, Hunos, Sasánidas, Griegos, Mongoles, Jazaros, Kurdos, Tártaros... en la edad antigua, así como los imperios Persa, Otomano, y Ruso a partir del fin de la edad media¹⁷ (Baddeley, 1908:XXVII) .

Esta confluencia de distintos pueblos, culturas y etnias que en momento u otro se establecieron en el Cáucaso se dio en gran medida fruto de la situación geográfica de esta región, la cual se encuentra situada en una encrucijada entre Europa y Asia, y además es un corredor que une Eurasia con Oriente Medio (y África), hecho que fomentó que distintas civilizaciones se encontraran en esta región escarpada que acogió un amalgama de culturas y religiones distintas (Ibarra, 2011:2). En base a lo comentado, según Baddeley (1908): “el Cáucaso está habitado probablemente por un mayor número de tribus, razas, y gentes que cualquier territorio similar en la superficie del globo” (p.XXV).

En materia religiosa, aunque la introducción de la religión islámica ya se había producido en el Cáucaso mediante la llegada tanto de árabes como de tribus turcomanas procedentes de Asia central, no es hasta el fin de la edad media cuando el ascenso del Imperio Otomano ayudó a que el islam se impusiera prácticamente en la totalidad del Cáucaso, incluso en la Armenia cristiana la cual es reconocida como el primer país en adoptar el cristianismo como religión de estado¹⁸.

¹⁶ Existen diversas distinciones geográficas relativas al Cáucaso, siendo en este caso la región Transcaucásica la situada al sur de la cordillera del Cáucaso, mientras que la región Ciscaucásica es la ubicada al norte de dicha cordillera.

¹⁷ B, John. (1908). *The Russian conquest of the Caucasus*. Cornell University Library.

¹⁸ Oficina de prensa de la santa sede (2016, 23 de junio). *Breve historia de la Iglesia en Armenia*.

En los siguientes años que comprenden los siglos XVII y XVIII otomanos, persas, y rusos estuvieron inmersos en luchas constantes por los territorios del Cáucaso, y de hecho las disputas regionales en el Cáucaso entre estas 3 potencias han llegado hasta nuestros días, con el matiz de que en la actualidad Moscú es uno de los mejores aliados que tiene Teherán, y los intereses de ambas potencias en la región pueden llegar a ser complementarios¹⁹(Albero, 2012:164).

En los inicios del siglo XIX, con la derrota de Napoleón, la Rusia zarista controló y sometió prácticamente todo el norte del Cáucaso, así como algunas zonas norteñas del Cáucaso central (concretamente la actual Georgia así como el sur de Rusia), y de hecho, durante el transcurso del siglo XIX los rusos consiguen gradualmente hacerse con el dominio total del Cáucaso, derrotando a los otomanos y a los persas en las constantes guerras que se dieron entre estos 3 imperios durante este siglo²⁰ (González, 2012:186-187).

Todo y que Rusia controlaba de facto el Cáucaso los conflictos en este territorio fruto de las distintas etnias y tribus que la habitaban, y consecuentemente de las distintas religiones que se profesaban, comenzaba a reflejar una imagen muy parecida a la existente en la actualidad, en la que los conflictos internos de carácter multiétnico de esta región son latentes.

Con el estallido de la Gran Guerra (1914-1918) y con la retirada inicial de los otomanos de sus posesiones caucásicas frente al avance ruso, y su posterior recuperación, se produjo una de las mayores limpiezas étnicas de la historia por parte de los turcos hacia el pueblo armenio (conocido como el “holocausto armenio²¹”), hecho que el gobierno de Ankara siempre ha negado y ha tratado de excusar con argumentos poco consistentes²². Una vez concluida la Gran Guerra, a partir de 1919 la región del Cáucaso no se libró de las disputas y los enfrentamientos entre mencheviques y bolcheviques iniciados dos años antes, ganando estos últimos no sólo la hegemonía en el Cáucaso sino en toda Rusia.

¹⁹ Albero, J. (2012). *“Irán, el Cáucaso y la seguridad del mar Caspio”*, en Instituto Español de Estudios Estratégicos, El Gran Cáucaso, (Madrid: Ministerio de Defensa), pp. 141-180.

²⁰ González, F. (2012). *El gran Cáucaso. La Rusia Caucásica y la relación de la federación con el Cáucaso sur* (p.186-187). Instituto Español de Estudios Estratégicos. Cuaderno de Estrategia nº156 (2012).

²¹ Las cifras de víctimas mortales de esta tragedia oscilan dependiendo de la fuente a la que se recurra entre los 600.000 y los cerca de 2 millones de personas (no obstante, la “batalla” de cifras respecto a este genocidio se comentará brevemente más adelante).

²² Iriarte, D. (2015, 14 de mayo). ¿Por qué Turquía no reconoce el <<genocidio>> armenio? *ABC Internacional*.

La recién formada URSS decidió en un inicio integrar a los 3 países del Cáucaso central en la denominada República Federal Socialista Soviética de Transcaucasia (1922) aunque posteriormente en 1936 se decidió optar por la distinción de 3 repúblicas socialistas soviéticas (Georgia, Armenia y Azerbaiyán). De este modo, según Sánchez (1995): “La URSS creyó haber encontrado una solución al establecer un mosaico de repúblicas, unas federadas y otras autónomas dentro de las federadas, tratando de satisfacer las ansias de autonomía de los grupos y culturas mayoritarios” (p.215).

Con la caída del tercer Reich, la división del mundo en dos bloques antagónicos, y la entrada de Turquía en la OTAN en 1952, se consideró el Cáucaso como una de las fronteras existentes durante la guerra fría. No sería hasta el mes de abril de 1991, en plena caída libre de la URSS, cuando Georgia se convirtió en la primera república socialista soviética en declarar su independencia del mastodonte soviético, siguiéndole meses más tarde Azerbaiyán (agosto de 1991) y Armenia (septiembre de 1991).

De este modo, la función de “contención” ideológica que había ejercido la URSS sobre los conflictos étnicos y religiosos en esta región desapareció, abriendo la veda para dar rienda suelta a que éstos resurgieran de nuevo, no solo en el Cáucaso sino alrededor de todo el mundo, en total sintonía con los conflictos de índole civilizacional definidos por Huntington en 1996.

2.2 Azerbaiyán, Armenia, y Nagorno-Karabaj: orígenes y desarrollo del conflicto hasta 1990

2.2.1 Historia antigua de Nagorno-Karabaj

El territorio de Nagorno-Karabaj²³, también conocido como los altos de Karabaj, o república de Artsaj por los armenios, se encuentra situado en pleno Cáucaso central (en la zona transcaucásica), en un territorio que al igual que la totalidad del Cáucaso no ha estado exento de disputas entre distintas civilizaciones e imperios. No obstante, los dos estados que especialmente desde el siglo XX se han disputado esta zona montañosa son Armenia y Azerbaiyán (Ibarra, 2011:3).

²³ La palabra “Nagorno-Karabaj” tiene su origen etimológico en los 3 grandes países que han luchado históricamente por ser la potencia regional en el Cáucaso. En este sentido, “Kara” deriva del turco, y se puede traducir como “negro”, mientras que “Nagorno” significa “montañoso” en ruso, y la palabra “baj” tiene orígenes túrquicos y persas, siendo traducida como “jardín” (Cornell, 1999: 3).

Nagorno-Karabaj fue históricamente una zona que estuvo integrada en el antiguo reino de Armenia, incluido en la provincia armenia denominada Artsaj²⁴(Alesso, 2019:25), aunque este territorio fue ocupado por una gran diversidad de pueblos en determinados momentos fruto de las disputas constantes que han caracterizado tradicionalmente al Cáucaso. No obstante, mayoritariamente esta región montañosa tuvo, más que control, una mayor influencia y presencia de los armenios²⁵(Cornell, 1999:4), que todo y no “controlar” en el sentido estricto de la palabra esta región en determinados periodos, su población sí que era predominante (Ibarra, 2011:3).

No debe pasarse por alto el hecho de que los territorios que comprendían el antiguo reino de Armenia ocupaban zonas que actualmente pertenecen tanto a Turquía como Irán (Sánchez, 1995:217), y esta es una de las razones por las que en 1915 (de forma flagrante) el Imperio Otomano intensificó brutalmente la campaña de limpieza étnica de armenios que habitaban en las provincias orientales otomanas.

Por otro lado, la llegada de las tribus turcomanas (en especial los selyúcidas) desde Asia Central alrededor del siglo XI²⁶ (Serrano, 2003:7) hizo que la población turcomana se incrementara en gran medida en prácticamente la totalidad del Cáucaso (incluyendo Nagorno-Karabaj), y de hecho esta es una de las razones por las que Azerbaiyán trata de justificar la legitimidad de sus argumentos frente a Armenia.

No obstante, si hay algo innegable y empíricamente demostrable es que la población de Nagorno-Karabaj (al igual que la de gran parte del Cáucaso) ha experimentado a lo largo de los siglos diversos contactos con una miscelánea de culturas, pueblos, etnias y civilizaciones distintas.

Más concretamente, en relación a los pueblos turcomanos y su contacto con las etnias caucásicas, según Peter Golden (1980), se puede hablar de una: “genuina interacción entre los pueblos turcomanos y los pueblos de Transcaucasia desde el siglo IV” (Golden, 1980, citado en Cornell, 1999:4).

²⁴Alesso, M. (2019). *Post guerra fría inconclusa: el caso del Nagorno Karabaj. El conflicto armenio-azerí y posición e intereses de Rusia, Turquía e Irán en la región*. Cuadernos de Política Exterior Argentina (Nueva Época), 129, junio 2019, pp. 21-39.

²⁵ E. Cornell. (1999). *The Nagorno-Karabakh Conflict*. Report no. 46, Department of East European Studies. Uppsala University, 1999.

²⁶ Serrano, A. (2003). *Grandes ámbitos de la historia cultural europea: La historia de los turcos*. Universidad Carlos III de Madrid.

2.2.2 Siglos XVIII y XIX: La llegada del Imperio Ruso al Cáucaso

Ya en las postrimerías del siglo XVIII e inicios del XIX, los tentáculos del imperio ruso comenzaban a alcanzar el Cáucaso central, formando éste el protectorado de Georgia en 1801 e iniciando una rápida expansión que alcanzó algunos kanatos (territorios) azeríes.

El acervo ruso para conseguir el control del Cáucaso central en la primera década del siglo XIX condujo inevitablemente a conflictos con los persas, dando lugar a dos guerras ruso-persas (1812-1813, 1826-1828), la segunda de las cuales finalizó con el tratado de Turkmanchai en 1828, tratado en el que se disponía que Persia cedía a Rusia el control de diversos kanatos, como el de Ereván y el de Najichevan²⁷ (Torres, 2012:8), los cuales estaban habitados mayoritariamente (en especial Najichevan) por población musulmana (de hecho Najichevan es en la actualidad un enclave azerí rodeado por territorio armenio).

Con la firma de dicho tratado, el Imperio ruso comenzó a implantar una política de “intercambio” de población en el Cáucaso, en la que parte de la población armenia abandonó las tierras dominadas y hostigadas por persas y otomanos para establecerse en el Cáucaso ruso²⁸ (Trushcheleva y López, 2015:48) así como los musulmanes que vivían en el Cáucaso central se desplazaron hacia las tierras del sur y del oeste que se encontraban bajo influencia persa y otomana.

Estos desplazamientos de población se aceleraron todavía más con el inicio de las guerras ruso-turcas (1855-1856, 1877-1878) más aun cuando los rusos percibían a la población azerí como potenciales aliados de los turcos dado sus afinidades etnolingüísticas y religiosas, mientras que los armenios eran considerados por Moscú como “aliados naturales” en la región.

Por otro lado, en el extremo occidental el Imperio Otomano consideraba a los armenios un aliado potencial del Imperio ruso, hecho que desgraciadamente desembocaría a finales del siglo XIX y principios del XX en auténticas limpiezas étnicas practicadas por los turcos hacia los armenios²⁹.

²⁷ Torres, R. (2012). *Complejidad y tensión en las relaciones contemporáneas entre Irán, Armenia y Azerbaiyán*. Consejo Argentino para las relaciones internacionales.

²⁸ Trushcheleva, M. López, V. (2015). *La evolución demográfica y la importancia de los flujos migratorios en Rusia: un recorrido histórico*. Universidad de Valencia.

²⁹ Hay que tener en cuenta que el pueblo armenio se encontraba bastante disperso entre los siglos XIX y principios del XX, y parte de su población estaba ubicada en territorios del Imperio Otomano.

2.2.3 La 1ª Guerra Mundial y el periodo de entreguerras en el Cáucaso

En 1917, la retirada de los rusos de los territorios conquistados a los otomanos en la zona oriental de la península de anatolia facilitó que los otomanos continuaran llevando a cabo el exterminio sistemático de armenios que ya habían iniciado (de forma clara) en 1915. De este modo, la situación reflejaba que sin la protección de sus “hermanos” rusos, los armenios se encontraban en una posición de extrema vulnerabilidad frente al coloso otomano (y en definitiva de sus vecinos musulmanes). En línea con este argumento Tadeusz Swietochowski (1994) afirmó que: “las erupciones masivas de violencia en forma de masacres intercomunales mutuas (...) resurgirán cada vez que Rusia se encuentre en una situación de crisis o vulnerabilidad” (Swietochowski, 1994, citado en Cornell, 1999:7).

De hecho, si se observa cual ha sido la coyuntura rusa en el momento en que estallaron los 2 grandes conflictos entre armenios y azeríes en la región en el siglo XX y el XXI, la afirmación de Swietochowski cobra sentido, indudablemente en el caso de la primera guerra del alto Karabaj (1992-1994), aunque todavía está por analizar si esta afirmación encaja en el caso del último conflicto.

Como se ha comentado con anterioridad, fue en 1915 cuando el Imperio Otomano, gobernado por los “Jóvenes Turcos” intensificó las deportaciones (y matanzas) de los cristianos que vivían en la zona oriental de Turquía, más concretamente de los armenios a los que acusaban de colaborar con el Imperio ruso, y por tanto se les tachaba de traidores³⁰ (Antaramián, 2016:346-347).

En el ámbito geopolítico, según Boulgourdjian (2014), la voluntad otomana de alcanzar el panturquismo: “consistió en la conquista de territorios con mayoría armenia para unirse con sus hermanos de raza” (p.21), y por ello, en palabras de Lepsius (1984): “Los armenios constituían la mayor barrera racial entre los turcos otomanos y los pueblos turcos del Cáucaso y de Transcaucasia, el nuevo reino imaginario de los campeones del panturquismo” (Lepsius, 1984, citado en Boulgourdjian, 2014:21).

³⁰ Antaramián, C. (2016). Esbozo histórico del genocidio armenio. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México Nueva Época, Año LXI, núm. 228 (septiembre-diciembre de 2016) pp. 337-364.

Las deportaciones de armenios se llevaban a cabo en condiciones infrahumanas (en el mejor de los casos) a través de marchas forzadas que tenían recorridos que llegaban a alcanzar cientos de kilómetros, y que además atravesaban zonas desérticas, condiciones en las que sin el abastecimiento necesario de comida, agua, y ropa era muy complicado sobrevivir, por lo que muchos armenios murieron de hambre, sed, frío o calor³¹ (Boulgourdjian, 2014:26-28).

El genocidio armenio es considerado el primer genocidio de la edad moderna, y aunque las autoridades turcas no reconocen que sucediera sí admiten que se produjeron muertes de armenios aunque no de modo indiscriminado o intencional, y achacan el resto de muertes (la mayoría) a conflictos interétnicos, epidemias³² (Hintlian, 2003:91), al caos de la Gran Guerra, e incluso a la falta de escrúpulos tanto de oficiales kurdos como de criminales comunes³³ (Hairabedian y Thus, 2018:217).

La negación del genocidio armenio por parte de distintos países (así como el caos intrínseco a la Gran Guerra) ha ocasionado una “batalla de estadísticas” en la que es difícil conocer a ciencia cierta cuál fue la magnitud de la tragedia. De esta manera, según Dagirmanjian (2005), el resultado de la política de exterminio otomana se tradujo en: “(...) el sacrificio de más de 1 millón de armenios³⁴” (Dagirmanjian, 2005, citado en Mangassarian, 2015:374). El historiador británico Toynbee (1917) coincide en cierto modo con la cifra expuesta anteriormente, ya que consideró que: “Solo un tercio de los dos millones de armenios de Turquía ha sobrevivido, y éstos a costa de su apostasía hacia el Islam o dejando cuanto poseían y huyendo a través de la frontera” (Toynbee, 1917, citado en Antaramián, 2016:355).

³¹ Nélica, B. (2014). *Deportación de la población armenia: herramienta de exterminio, desposesión de derechos y sufrimiento subjetivo*. Prácticas genocidas y violencia estatal en perspectivas transdisciplinar. Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio. pp.18-29.

³² Hintlian, G. (2003). *Genocidios y crímenes contra la humanidad: el genocidio armenio*. Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales. nº10, págs. 65-94.

³³ Hairabedian, F, y Thus, V. (2018). *El juicio por el derecho a la verdad del Genocidio Armenio Herramientas contra la negación, por la verdad y la justicia*. Revista de política, derecho y sociedad. pp.213-220.

³⁴ Mangassarian, S. (2015). *100 years of trauma: the armenian genocide and intergenerational cultural trauma*. Journal of aggression, maltreatment & trauma 2016, Vol. 25, nº4, 371-381.

De todos modos, como se ha mencionado anteriormente, dichas cifras son difíciles de establecer con exactitud, todo y que puede hablarse de cierto consenso en la consideración de que aproximadamente un millón de armenios fueron aniquilados³⁵.

Tras el paréntesis del genocidio armenio, el estallido de la revolución rusa de 1917 y el consiguiente caos inicial que se vivió en la agónica Rusia zarista, se formó en el Cáucaso central la denominada “República Democrática Federal Transcaucásica” en 1918, a través de una suerte de gobierno de coalición entre los países del Cáucaso central (los gobiernos de los 3 países habían llegado a un consenso para formar un “estado federal surcaucásico”), formado por georgianos mencheviques, el partido azerí de Musavat, y los llamados “*Dashnaks*”, los cuales formaban parte de la federación revolucionaria armenia (Cornell, 1999:6).

Como era de esperar, la conciliación de estos 3 países era una tarea de dimensiones titánicas, y con el fin de la Rusia zarista, y todavía con la revolución rusa en curso, terminó la corta vida de la Federación Transcaucásica cuando Georgia, Armenia y Azerbaiyán se constituyeron como repúblicas democráticas. De todos modos, la vida de las nuevas repúblicas democráticas fue tan efímera como la de la Federación precedente, ya que en abril de 1921 la totalidad del Cáucaso central estaba ya bajo el paraguas de la URSS quedando de este modo la totalidad de la región transcaucásica en la órbita del gigante comunista.

Un hecho histórico que es necesario subrayar es que apenas 4 meses más tarde de la anexión del Cáucaso central a la URSS se formalizó el tratado de “hermanamiento y amistad” (también conocido como tratado o acuerdo de Moscú) entre la URSS y la recién nacida república de Turquía, el cual incluía una cláusula en la que se estipulaba que la región de Karabaj (y Nakhjivan, de mayoría musulmana) quedaban bajo control de la República Socialista Soviética Azerí (Acuerdo de Moscú entre Rusia y Turquía, artículo III, 16 de marzo de 1921).

Stalin veía en Kemal Atatürk un potencial aliado, y éste último era contrario a cualquier cesión territorial favorable a los armenios, ya que temía que una Armenia fuerte y cohesionada podría reclamar ciertos territorios orientales turcos. En esta línea Richard Hovannisian (1980) mencionó que: “la Rusia soviética (...) había sacrificado Armenia con el fin de cementar su alianza con los turcos” (Hovannisian, 1980, citado en Cornell, 1999:10).

³⁵ No ayudó demasiado el hecho de que la mayoría de la población armenia vivía en la zona oriental del Imperio Otomano, la cual era considerada por los armenios como la “armenia histórica” (de hecho esas tierras eran parte del antiguo reino de Armenia).

Así, en diciembre de 1922 se creó la República Socialista Federativa Soviética Transcaucásica, la cual incluía las 3 repúblicas socialistas soviéticas del Cáucaso central. Por ello, tanto armenios como azeríes quedaron divididos, los primeros entre Armenia propiamente y Nagorno-Karabaj, mientras que los segundos estaban divididos entre el territorio natural azerí y la región de Nakhjivan (de población predominantemente turca).

La posterior disolución de la República Socialista Federativa Soviética Transcaucásica en 1936 y la distinción clara de las 3 repúblicas socialistas soviéticas del Cáucaso central distanció aún más a Armenia y Nagorno-Karabaj, de modo que el único elemento que las unía era que ambas pertenecían al conjunto de la URSS.

2.2.4 La guerra fría en Nagorno-Karabaj

Lo cierto es que si bien durante el periodo en que el Cáucaso estuvo en manos comunistas las tensiones y reivindicaciones respecto a Nagorno-Karabaj por parte de armenios y karabajíes jamás desaparecieron, hubo un aspecto importante que “ayudó” a que las reivindicaciones tanto del lado armenio como del lado azerí se mantuvieran apaciguadas, y este elemento no era otro que la ideología (comunismo) la cual predominaba y ensombrecía a cualquier conflicto o aspiración relacionada con la religión y/o civilización (sobre todo islámica).

No obstante, la iglesia ortodoxa comenzó a obtener gradualmente el beneplácito soviético ya en el final de la década de los años 30, y según Hernández³⁶ (1973) “podía hablarse ya de una nueva política soviética religiosa. La prensa del partido comenzaba a suavizar los términos de opresión, divulgando la idea de que tanto Stalin como Lenin no consideraban como absolutamente necesaria la lucha contra la religión, en contradicción manifiesta contra toda su actuación anterior” (p. 188).

Hernández (1973) añade que: “La misma religión era reconocida por las autoridades soviéticas como parte del patrimonio nacional del pueblo ruso. Y era mucha verdad”, y que desde 1943 el gobierno soviético:” se dedicaba a favorecer y a ayudar a la Iglesia patriarcal por haber comprendido cómo es mucho más fácil dominar a una Iglesia centralizada que no a un gran número de grupos dispersos” (p.188).

³⁶ Hernández, A. (1973). *El régimen soviético de relaciones del Estado con la Iglesia*. Revista de estudios políticos (nº188). pp.137-231.

En definitiva, el régimen soviético terminó por darse cuenta de que atacar la iglesia ortodoxa era “pegarse un tiro en el pie”, puesto que a diferencia del comunismo, la iglesia ortodoxa era (y es) un elemento unificador e identitario del pueblo ruso.

En todo caso, décadas más tarde, en los años 80, en un contexto en el que la URSS comenzaba a estar inmersa en serias dudas, y la crisis social, económica y política que se avecinaba parecía inevitable, las reclamaciones de Armenia a Moscú eran cada vez más numerosas, así como las manifestaciones que se producían en Nagorno-Karabaj y Armenia. Asimismo, el declive de la URSS en la región sumado a las políticas del “*glasnost*”, las cuales se traducían en una libertad gradual de prensa, aumentaron las históricas tensiones entre Azerbaiyán y la población karabají (Ibarra, 2011:4), la cual se identificaba con los componentes culturales de la nacionalidad armenia (Alesso, 2019:26).

Durante el transcurso de los primeros meses de 1988 las demandas y manifestaciones armenias siguieron incrementándose, no solo en número sino también en una mayor escalada de tensión, a las que el gobierno azerí respondió rotundamente declarando que jamás aceptaría las demandas armenias, al mismo tiempo que algunos grupos de azeríes violentos (instigados presumiblemente por la KGB) provocaban el caos en la ciudad de Sumgait, cercana a Bakú³⁷ (Moreno, 2003:5).

Para aquel entonces la población que había sido desplazada alcanzaba ya las 400.000 personas, en cuanto a los armenios que habían huido de Azerbaiyán, los cuales se habían asentado en tierras rusas o ucranianas en su mayoría, mientras que por otra parte fueron aproximadamente 200.000 los azeríes que abandonaron Armenia para dirigirse a su madre patria, Azerbaiyán³⁸ (Minassian, 2010:5).

A partir de mayo de 1989 el escenario comenzó a adquirir un carácter totalmente prebélico, en tanto que las primeras milicias locales comenzaron a organizarse en el norte de Nagorno-Karabaj, a lo que cabe añadir que los miembros del Comité de Karabaj que habían sido encarcelados unos meses antes en Ereván por orden de Moscú fueron liberados a finales de mayo de 1989, y apenas un mes más tarde formaron una coalición con otros partidos más pequeños, denominada “Movimiento Nacional de Armenia”, la cual ganó las elecciones un año más tarde, en mayo de 1990, superando incluso al partido comunista (Cornell, 1999:22).

³⁷ Moreno, A. (2003). *Nagorno-Karabaj: ¿Disputa Territorial o energética?* UNISCI Discussion papers.

³⁸ Minassian, A. (2010). *Nagorno Karabagh: volver a Artzakh*. V Congreso de Relaciones Internacionales. Instituto de relaciones internacionales de la Universidad Nacional de la Plata, Argentina.

Simultáneamente, en Azerbaiyán el recién formado “Frente Nacional Azerí” (Julio de 1989) comenzaba a ganar el apoyo popular mediante el aprovechamiento de la ira y la frustración del pueblo azerí, no solo hacia los armenios, sino también hacia un gobierno que tildaban de blando, al cual acusaban de estar dispuesto a vender el territorio de Nagorno-Karabaj. Al mismo tiempo la situación en Nagorno-Karabaj seguía deteriorándose, y los enfrentamientos locales armados eran ya rutinarios, incluidos los ataques de paramilitares a los puestos avanzados soviéticos.

Como resultado, el mantenimiento del monopolio “legítimo” de la fuerza por parte de la URSS dejó de ser factible, y a partir de noviembre de 1989 Moscú inicio lo que parecía la desconexión y el desentendimiento total respecto al conflicto de Nagorno-Karabaj (Pravda y Izvestiya, 1989, citado en Cornell, 1999:23), abandonándolo a su suerte (bajo control azerí) probablemente debido a que tenía otros problemas de mayor calado que necesitaban su atención, y porque el Kremlin era más que conocedor de los problemas que podía acarrear apoyar abiertamente a Armenia (no solo por lo que pudieran pensar sus “amigos turcos”, sino por la debilidad de una URSS que se descomponía y que lo último que deseaba era despertar reticencias en las que pronto serían exrepúblicas soviéticas de mayoría musulmana³⁹, y mucho menos en las regiones ciscaucásicas rusas de Chechenia y Daguestán).

Por lo que en definitiva, Rusia opto por apoyar a Armenia desde la sombra, y en palabras de Alesso (2019): “Durante el conflicto, Rusia continuó jugando un rol particular ya que mientras por un lado vendía armamento a Ereván para que llegara a las milicias de Stepanakert, abogaba por un alto el fuego que se da en 1994, (...) dejando al Nagorno Karabaj como república *de facto* con control militar inclusive sobre regiones azeríes no reclamadas originalmente” (p.26-27).

Ante esta especie de “*laissez-faire*” ruso, Armenia no desaprovecho la ocasión, y el 1 de diciembre de 1989 el soviet supremo de Armenia promulgó la incorporación de Nagorno-Karabaj en la República de Armenia, teniendo como resultado la unión de ambos territorios de iure pero no de facto, al tiempo que las formaciones paramilitares azeríes, y especialmente armenias, continuaban armándose (Cornell, 1999:25).

En septiembre de 1991, tras el intento de golpe de estado fallido contra Gorbachov, y las posteriores declaraciones de independencia de algunas repúblicas socialistas soviéticas, el Consejo Nacional de Nagorno-Karabaj proclamó su independencia el 2 de septiembre de 1991, aprovechando el clima generado por la disolución de facto de la URSS.

³⁹ Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán y Kirguizistán.

Todo apuntaba a que se estaba llegando a una situación de no retorno en Nagorno-Karabaj, y que era cuestión de días, o quizás semanas, de que el conflicto armado entre armenios, karabajíes, y azeríes alcanzara una mayor magnitud, tal y como desafortunadamente ocurrió con el inicio de 1992.

En 1992, y con la URSS totalmente desintegrada, el vacío de poder generado a nivel internacional, y lógicamente en la región del Cáucaso, significó la pérdida del último dique de contención para frenar el estallido de un conflicto de mayor magnitud entre Armenia y Azerbaiyán. Los armenios y los karabajíes, que habían estado preparándose desde hacía años para el momento tomaron la iniciativa, atacando a un ejército azerí que se vio totalmente sorprendido y desbordado, frente a un ejército que según Cornell (1999): “(...)era un ejército motivado, equipado con armamento moderno importado de Oriente Medio, y con estabilidad política” (p.42).

La victoria armenia se tradujo en el control de facto por parte de Ereván sobre Nagorno-Karabaj e incluso sobre algunas zonas azeríes colindantes. El alto el fuego firmado en 1994 bajo el paraguas del denominado Grupo de Minsk⁴⁰ puso “fin” (parcialmente) a un conflicto que había causado 30.000 muertos aproximadamente, cerca de 700.000 de desplazados, y la ocupación armenia del 20% del territorio azerí⁴¹ (González, 2014:3).

El grupo de Minsk trató durante el periodo de “entreguerras” poner sobre la mesa distintas proposiciones que ayudaran a apaciguar las tensiones entre ambos bandos, las cuales desafortunadamente no condujeron a ningún avance significativo hacia la paz.

La herida seguía abierta, y lejos de cicatrizar parecía más bien que se corría el riesgo de que dicha herida se infectara, tal y como demostró el frágil equilibrio que se vivió en la región durante el periodo de “entreguerras”, el cual terminó por romperse en el transcurso del verano y el otoño del 2020, recordando de nuevo al mundo que el Cáucaso sigue siendo una auténtica bomba de relojería.

⁴⁰ El grupo de Minsk fue creado ad hoc en 1992 por parte de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (embrión de la OSCE) con el objetivo de intentar encontrar una solución pacífica al conflicto armenio-azerí. Este grupo está copresidido por Estados Unidos, Rusia y Francia.

⁴¹ González, F. (2014). *El conflicto de Nagorno-Karabaj: ¿Camino de una solución negociada?* Documento de opinión. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

3. Marco Teórico

El marco teórico que sustentará esta investigación tomará como referencia las aportaciones de dos autores consagrados como son John Joseph Mearsheimer y Samuel Phillips Huntington con el objetivo de utilizar algunas de sus aportaciones teóricas como herramientas para construir el estudio de caso (el conflicto de Nagorno-Karabaj) y por ende tratar de dar respuesta tanto a la pregunta de investigación como a la hipótesis ya planteadas.

En primer lugar se expondrán los fundamentos teóricos básicos de John J. Mearsheimer (en adelante, Mearsheimer) relacionados con la teoría que él mismo bautizó como “realismo ofensivo”, expuestos mayormente en su obra más conocida *“The tragedy of great power politics”* (2001) con el fin de utilizar sus postulados (en el estudio de caso) para tratar de explicar la actitud y el comportamiento ruso en relación al conflicto de Nagorno-Karabaj.

Posteriormente se relatarán las ideas básicas “Huntingtonianas” en base, fundamentalmente, a la obra más conocida de este autor (Samuel Phillips Huntington), titulada *“El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (1996) con el objetivo de analizar con más énfasis la esencia “civilizacional-religiosa” del conflicto de Nagorno-Karabaj, así como las dificultades inherentes a Rusia como “estado desgarrado”, entre otras cuestiones.

3.1 La escuela realista: el realismo clásico y los neorealismos

3.1.1 Pinceladas sobre el realismo clásico

El mensaje metodológico fundamental del realismo, surgido de figuras como Tucídides (s. V a.C), Maquiavelo (s. XVI), Hobbes (s. XVII), y posteriormente Hans Morgenthau (s.XX) reside en que esta escuela cuando lleva a cabo un análisis de las relaciones internacionales prescinde de la moral, ya que esta corriente considera que la inclusión de valores morales contamina y distorsiona la realidad. En líneas generales, los axiomas que constituyen los pilares sobre los que se construye la doctrina realista son, el interés (de seres humanos, y consecuentemente de estados), que no debe confundirse con el egoísmo; la seguridad (entendida en el contexto de la supervivencia de personas y estados); y la anarquía del sistema internacional, la cual no debe confundirse con caos o desorden sino que debe interpretarse como la ausencia de una autoridad supranacional capaz de imponer orden en el conjunto del sistema.⁴²

⁴² Los realistas distinguen entre anarquía y desorden, del mismo modo que distinguen interés de egoísmo.

Muy brevemente, se puede concluir que los postulados realistas consideran al estado como el actor principal en el sistema internacional, el cual actúa por interés en una búsqueda constante por alcanzar mayores cuotas de poder (Mearsheimer, 2001:19)⁴³, las cuales contribuyan a garantizar con las máximas garantías posibles su supervivencia en el sistema (dentro de esta lógica los realistas dan mucha relevancia a los aspectos ligados a la fuerza, y por ende al ámbito militar).

3.1.2 El realismo defensivo: Kenneth Waltz

Antes de adentrarnos en las aportaciones teóricas de Mearsheimer (realismo ofensivo) es menester hacer mención al que fuera su mentor, Kenneth Waltz (autor referente en el realismo defensivo), con tal de comprender mejor cual es el matiz principal que los distingue y el aspecto común que los une. En primer lugar es imprescindible señalar que ambas escuelas aceptan como denominador común el alma de la escuela realista en tanto que ambas corrientes nacen de ella, pero prestan una mayor atención a unos u otros aspectos de dicha teoría clásica (y en consecuencia restan importancia a otros).

De este modo, Kenneth Waltz, en base a su obra: *“El hombre, el Estado, y la Guerra”* (1954), llegó a la conclusión de que el problema de raíz que origina los conflictos bélicos es la estructura del sistema político mundial y por ende de las relaciones que se dan entre los estados (Mearsheimer, 2001:11), siendo crítico con la visión que aportó Hans Morgenthau respecto a esta temática, según el cual las guerras eran inevitables debido a la condición del ser humano, y por ende consideraba a las mismas como un elemento intrínseco a éste.

Otra diferencia que distingue las posturas de Morgenthau y Waltz, es que mientras el primero asume que las grandes potencias son agresivas debido a su insaciable deseo de poder, el segundo considera que los estados actúan motivados por su supervivencia (Mearsheimer, 2001:19), hecho que comparte con Mearsheimer, todo y que éste último difiere en algunas cuestiones que se comentarán pronto. Por ello, este aspecto ligado a la estructura del sistema político mundial es muy importante para entender también a Mearsheimer, ya que se puede afirmar que los “neorrealistas” le dan más énfasis a esta dimensión, y de ello deriva que los realistas clásicos se centran más en las otras dos dimensiones que definió Waltz en su obra de 1954.⁴⁴

⁴³ Mearsheimer, J. (2001). *The tragedy of great powers politics*, Updated Edition (2014). The Norton Series in world politics.

⁴⁴ Es decir, la naturaleza humana y el sistema político.

3.1.3 John Joseph Mearsheimer: el realismo ofensivo

El punto de partida de Mearsheimer es el mismo que el de la escuela realista, es decir, los 3 axiomas basados en el denominado “triángulo realista” conformado por el interés humano y por ende de los estados, la anarquía del sistema, y la seguridad/supervivencia.

Según Mearsheimer, al igual que el realismo defensivo, su teoría considera que las grandes potencias están preocupadas por cómo sobrevivir en un mundo anárquico, en el que rápidamente éstas se dan cuenta de que el poder es la clave para lograr la supervivencia (Mearsheimer, 2001:21).

Sin embargo, el realismo defensivo considera que la estructura del sistema internacional ofrece a los estados pocos incentivos para tratar de incrementar su poder, y por ende alterar el equilibrio del mismo (por tanto lo ideal desde la perspectiva defensiva es intentar mantener el poder); en cambio, el realismo ofensivo considera que no hay lugar para potencias que actúen bajo la lógica del statu quo, debido a que el sistema internacional crea poderosos incentivos para buscar oportunidades mediante las que los estados consigan mayores cuotas de poder a expensas de sus rivales, siempre y cuando los costes superen los beneficios (Mearsheimer, 2001:21).

Por otra parte, Mearsheimer discrepa absolutamente del discurso basado en la lógica de Francis Fukuyama que imperó en la década de 1990⁴⁵, en tanto que para él la realidad es otra muy distinta, y mucho más pesimista (o realista).

Para Mearsheimer el hecho de que las probabilidades de que estallen conflictos armados entre estados haya disminuido no implica que este riesgo haya desaparecido por completo, ya que argumenta que las grandes potencias siguen temiéndose las unas a las otras y siempre competirán por lograr una mayor cuota de poder, siendo su objetivo culminante ser la única gran potencia en el sistema. (Mearsheimer, 2001:2).

La pregunta crucial que plantea Mearsheimer llegados a este punto no es otra que ¿Por qué los estados persiguen el poder? Para Mearsheimer existen 5 razones que dan respuesta a esta pregunta, siempre y cuando estas razones se tomen en consideración de forma conjunta (Mearsheimer, 2001:29).

⁴⁵ Victoria del capitalismo, de la democracia liberal, fin de las carreras armamentísticas...”paz democrática”.

La primera de estas razones reside en que el sistema internacional es anárquico (lo que no implica que sea caótico y/o regido por el desorden), debido a la inexistencia de una autoridad supranacional creíble o “gobierno de gobiernos” (Mearsheimer, 2001:30). La segunda razón propuesta por este autor es que las grandes potencias poseen inherentemente cierta capacidad militar ofensiva, la cual les permite dañarse e incluso destruirse entre ellas, siendo por tanto inevitablemente peligrosas entre sí. El tercer motivo que da respuesta a la pregunta planteada reside en que los estados nunca pueden estar seguros de las intenciones de otros estados⁴⁶ (Mearsheimer, 2001:30-31), hecho que se traduce inevitablemente en la desconfianza generalizada entre estados.

El cuarto pilar que utiliza Mearsheimer sostiene que la supervivencia es el objetivo primario de las grandes potencias, entendiendo por supervivencia la preservación de la integridad territorial y de la autonomía política. Para Mearsheimer esta razón domina a las demás ya que en definitiva la seguridad será siempre el objetivo más importante de los estados (Mearsheimer, 2001:31).

Por este motivo, la Federación Rusa podría tener motivos para temer por su “supervivencia”, puesto que su integridad territorial (ya mermada brutalmente en 1991), podría verse amenazada, atendiendo que, según manifiesta Sánchez (1995), Rusia esta: “rodeada de una orla de pequeños Estados, que generan focos de inestabilidad y hacen vulnerables sus fronteras” (p.197), estados que por cierto, son en su mayoría musulmanes, a lo que cabe añadir la abismal diferencia entre estos territorios en el ámbito económico, sumado a la complejidad étnica, realidades que convierten el territorio ruso en una tierra en tensión (Sánchez, 1995:197).

Por ende, el quinto y último motivo que culmina el conjunto de razones que explican por qué los estados persiguen el poder reside en que las grandes potencias, al fin y al cabo, son actores racionales, es decir, son conscientes de sus acciones y de aquello que les rodea en el sistema internacional, y por ello piensan estratégicamente en cómo sobrevivir en dicho sistema (Mearsheimer, 2001:31-32), aunque evidentemente, la racionalidad no siempre equivale a tomar decisiones correctas.

Tal y como advertía Mearsheimer ninguna de estas razones puede dar respuesta a la pregunta planteada por separado, pero la suma de todas ellas crean incentivos para que las grandes potencias piensen y actúen de un modo ofensivo entre ellas.

⁴⁶ Y más específicamente sobre las intenciones en cuanto al uso del poder militar ofensivo.

De todo ello Mearsheimer concluye que se derivan 3 patrones de comportamiento general entre los estados: el miedo, la auto-ayuda, y la maximización de poder (Mearsheimer, 2001:32).

En relación al miedo, Mearsheimer considera que las grandes potencias se temen entre ellas, y por ello no hay cabida para la verdad entre los estados, sin embargo, este autor argumenta que el nivel de temor fluctúa en función del tiempo y el espacio, pero claramente debe ser tomado muy en cuenta para explicar el comportamiento de los estados. La base de este miedo, según Mearsheimer (2001):” se asienta en el hecho de que en un mundo en el que las grandes potencias tienen la capacidad de atacarse entre ellas, y además puede que tengan algún motivo para hacerlo, cualquier estado es automáticamente sospechoso de ser un potencial agresor” (p.32).

No es de extrañar, por tanto, que con el nacimiento de la convaleciente Federación Rusa el “mundo libre” (Occidente) perdiera al menos en parte el miedo frente a ésta, y que la OTAN (de la mano con la UE) se sintiera fuerte para extender sus fronteras hasta el mismo territorio ruso, hecho que a partir de 2008, con una Rusia más fuerte (y por tanto más temible) pudo ser una de las causas de que Occidente no alzara demasiado la voz en la guerra georgiano-osetia y la posterior anexión de Crimea en 2014.

Si a lo comentado le añadimos la inexistencia de una autoridad central creíble que pueda ayudar a mitigar esta cuestión, los incentivos para atacarse entre potencias u estados termina siendo aún mayor. Por todo ello Mearsheimer defiende que la prioridad de los estados en un sistema internacional anárquico no es otra que la supervivencia, en tanto que el resto de estados representan una amenaza y no existe una autoridad supranacional que vaya a “rescatarlos”.

Es por ello que según Mearsheimer (2001): “en la política internacional, Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos”⁴⁷ (p.33). En consecuencia, los estados prestan atención a como se distribuye el poder a su alrededor, y se esfuerzan por conseguir maximizar su cuota de poder en la escena internacional.

Más específicamente, Mearsheimer considera que los estados están atentos a aquellas oportunidades que les permitan alterar el equilibrio de poder y por ende adquirir un incremento de poder a expensas de sus potenciales rivales, ya sea en la dimensión económica, militar, diplomática... (Mearsheimer, 2001:34).

⁴⁷ Esto no excluye la posibilidad de que los Estados puedan formar alianzas entre sí, pero para Mearsheimer estas alianzas son “matrimonios de conveniencia”, en tanto que el aliado de hoy puede ser el enemigo de mañana, y viceversa.

Sin embargo, Mearsheimer (2001) cree que:” incluso cuando una gran potencia no tiene los medios para conseguir la hegemonía (hecho que es usual), actuará de todos modos de una manera ofensiva para conseguir todo el poder que pueda, ya que en un sistema anárquico los estados se sienten más seguros con más y no con menos poder” (p.35). Lo comentado anteriormente también implica que los estados no solo buscarán oportunidades para tomar ventaja entre ellos, sino que también se esforzarán en asegurarse de que otros estados no adquieran ventaja sobre ellos.

El rol ejercido por la Federación rusa en el conflicto de Nagorno Karabaj podría ser un ejemplo de lo comentado en el párrafo anterior, en tanto que desde Moscú no parece existir demasiado interés en alterar el statu quo en la región del Cáucaso debido a que el frágil equilibrio que predomina en la región permite al Kremlin seguir manteniendo su influencia en este territorio, y al mismo tiempo evitar que sus rivales regionales alteren demasiado el equilibrio de fuerzas (Torres, 2020:18⁴⁸).

No obstante, Mearsheimer enfatiza que cuando se refiere a que los estados buscan adquirir mayores cuotas de poder, ello equivale a decir que lo que realmente les importa es el poder relativo, no el absoluto, ya que los estados que anhelan uno u otro poder actúan de modo distinto. Para Mearsheimer los estados que pretenden maximizar su poder relativo se preocupan en primera instancia de la distribución de las capacidades materiales, y tratan de adquirir todo el poder posible sobre sus rivales evitando que estos adquieran mayores cuotas de poder (Mearsheimer, 2001:36).

La actuación de la Federación Rusa en Nagorno-Karabaj refleja cómo ésta trata de evitar que Turquía y Azerbaiyán (especialmente) alteren demasiado el equilibrio de poder a su favor en esta región, sin embargo la realidad es que la fragilidad de Rusia ha derivado en una estrategia en la que el Kremlin se encuentra en la necesidad de ceder en ciertas cuestiones (que no se trataran ahora) ante estos estados.

Ello se traduce, de forma simplista, en la ausencia de un apoyo claro y sin tapujos de Rusia hacia Armenia (que no significa su total abandono) al tiempo que Turquía no ha dudado en reafirmar su total compromiso con el pueblo azerí (Torres, 2020:13), como muestra de su cada vez mayor pretensión de influir en los pueblos de ascendencia turcomana (Torres, 2020:18).

⁴⁸ Torres, J. (2020). *Nagorno Karabaj: un nudo gordiano en mitad del Cáucaso*. Documento de análisis 34/2020. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Ahora bien, Rusia tampoco ha permitido que los azeríes (ni los turcos) infrinjan un daño demoledor a Armenia, la cual es prácticamente el último bastión ruso en el Cáucaso⁴⁹. Ibarra (2011) interpreta que, en relación al conflicto de Nagorno Karabaj sucedido en la década de 1990: "el soporte ruso para Armenia no se debía a que quisiera que ese bando ganara la guerra, sino a que no perdiera" y que Rusia: "(...) aspira a que la solución haga implícita la ubicación de fuerzas de mantenimiento de paz rusas en los dos países" (p.13), algo que efectivamente ha logrado tras el último conflicto armenio-azerí (2020).

Por tanto la estrategia rusa ha tratado de evitar que Turquía y Azerbaiyán tomen más ventaja (poder) de la "permisible" en dicha región, en la cual Rusia parece sentirse cómoda mediante el mantenimiento del conflicto karabají (Botta, 2020:6)⁵⁰, aunque esta comodidad podría verse alterada sustancialmente si apareciera en la región caucásica una amenaza potencial para Rusia, en tanto que Mearsheimer advierte que las grandes potencias son muy sensibles a aquellas amenazas que se presenten, especialmente, en las cercanías del territorio de dichas potencias⁵¹ (Mearsheimer, 2014:6), realidad que según Mearsheimer (2014) quedó: "(...) claramente reflejada en la guerra georgiano-osetia en 2008" (p.6).

En cambio, según Mearsheimer los estados que ansían el poder absoluto se preocupan solo de sus propias ganancias de poder, y no en la de los rivales. Estos últimos siguen actuando dentro de la lógica caracterizada por el equilibrio de poder, sin embargo solo se preocupan de conseguir más poder, aun cuando ello pueda comportar que otro estado gane más poder incluso⁵² (Mearsheimer, 2001:36).

Este autor defiende que, fruto de lo desarrollado hasta ahora, no hay espacio para el statu quo de las grandes potencias en un sistema en el que los estados buscan constantemente oportunidades para ganar más poder.

⁴⁹ No debe olvidarse la influencia rusa en las provincias secesionistas georgianas de Osetia del sur y Abjasia.

⁵⁰ Botta, P. (2020). *Enfrentamiento entre Armenia y Azerbaiyán*. Documento de Opinión. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

⁵¹ Mearsheimer, J. (2014). Why the Ukraine Crisis Is the West's Fault: The Liberal Delusions That Provoked Putin. *Foreign Affairs*, 93(5), 77-89.

⁵² Existe un proverbio esloveno que ayuda a entender la teoría de las ganancias relativas y comprender el caso, por ejemplo, entre Rusia y China (el campesino que puede pedir un deseo a una bruja, pero bajo la condición de que su vecino recibirá el doble de lo que el pida, por lo que el campesino pide que le arranquen un ojo para dejar a su vecino ciego).

Sin embargo, Mearsheimer sostiene que las grandes potencias no pueden actuar siempre en base a sus intenciones ofensivas, ya que el comportamiento no está influenciado solo por aquello que desean los estados, sino también por la capacidad efectiva de realizar esos deseos (Mearsheimer, 2001:37).

De ello depende en gran medida la forma en que el poder militar es distribuido entre las grandes potencias, y aquellas potencias que se enfrenten a oponentes más poderosos estarán menos predispuestas a llevar a cabo acciones ofensivas y estarán más concentradas en defender el existente equilibrio de poder frente a las amenazas de sus mayores rivales (Mearsheimer, 2001:37).

Además, Mearsheimer (2001) añade que los hegemones regionales tratan de prevenir que otras potencias de distintas regiones adquieran la hegemonía en su respectiva región, y por tanto las hegemonías regionales: “no quieren compañeras” (p.41). De todos modos, tal y como dice Mearsheimer (2001): “la situación ideal para cualquier gran potencia es ser la única hegemonía regional en el mundo” (p.42). Llegados a este punto es importante rescatar de las aportaciones de Mearsheimer la distinción entre los conceptos de “poder potencial” y “poder actual”.

Para este autor el concepto de poder potencial de un estado está basado en el tamaño de su población (demografía) y su nivel de riqueza (economía⁵³), elementos que en gran medida son los cimientos del poder militar (en tanto que aquellos estados con altos niveles de riqueza y demografías amplias pueden llegar a construir grandes ejércitos). En cambio, según Mearsheimer (2001) el poder actual de un estado se basa en la conjunción de: “el ejército de tierra, junto con la fuerza naval y la fuerza aérea, que directamente le dan apoyo” (p.43).

Mearsheimer cree que los ejércitos de tierra siguen siendo el ingrediente más importante del poder militar (incluso en la era nuclear), y por ende defiende que dentro de la variable militar es el poder terrestre el que ostenta una mayor relevancia debido principalmente a que son el instrumento principal para conquistar y controlar un territorio.

⁵³ Según Mearsheimer, las grandes potencias tienden a temer estados con grandes poblaciones y economías que crecen rápidamente, aun incluso si estos estados no han traducido esta riqueza en poder militar.

En otras palabras, atacar mediante una fuerza terrestre a un enemigo que es alcanzable por tierra siempre será más sencillo que no en aquellas situaciones que requieran proyectar el poder militar terrestre mediante el apoyo de una capacidad logística inmensa por mar y/o aire a través de grandes distancias⁵⁴ (Mearsheimer, 2001:44).

De hecho, no hay más que echar un vistazo rápido a los libros de historia para comprobar que el argumento de Mearsheimer es, si más no, difícil de rebatir. Mearsheimer sostiene que, en consecuencia, las grandes potencias ubicadas en la misma región/territorio están indudablemente en mejores condiciones de atacarse y conquistarse entre ellas.

¿Pero cuáles son los requisitos para que una potencia sea considerada como una hegemonía potencial? Mearsheimer (2001) considera que el candidato debe poseer (por un amplio margen): “el mejor ejército de tierra, así como el mayor poder latente entre los estados localizados en su región” (p.45), requisitos que a nivel internacional son inalcanzables para Rusia, y a nivel regional (Cáucaso), discutibles.

Aunque como ya se ha apuntado con anterioridad la supervivencia es el objetivo primario de las grandes potencias, el realismo ofensivo también reconoce ciertamente que las grandes potencias pueden perseguir otros objetivos no relacionados directamente con la supervivencia/seguridad (prosperidad económica, promoción de una ideología particular⁵⁵, unificación nacional...). Sin embargo, el realismo ofensivo considera que la persecución de tales objetivos en ocasiones sirve como complemento para la búsqueda de la obtención de poder relativo⁵⁶, y que lo ideal sería que la intención de lograr dichos objetivos no afectara al equilibrio de poder de los estados, hecho que según Mearsheimer suele ocurrir (Mearsheimer, 2001:46).

Mearsheimer puntualiza, por otro lado, que el hecho de que los estados busquen en primera instancia sobrevivir en un sistema anárquico, no implica necesariamente que éstos no puedan cooperar.

⁵⁴ Por esta razón Mearsheimer argumenta que los grandes cuerpos de agua son obstáculos formidables que causan problemas significativos en cuanto a la proyección de poder de ejércitos atacantes.

⁵⁵ El realismo ofensivo defiende que cuando las grandes potencias se enfrentan a una amenaza considerable, prestan poca atención en la ideología en cuanto a la búsqueda de alianzas con otros estados o potencias (ejemplo de la 2ª guerra mundial y las alianzas entre USA y URSS, o entre URSS y Alemania en 1939-pacto Ribbentrop-Mólotov).

⁵⁶ Mearsheimer refleja esta cuestión con el caso de la Alemania nazi, la cual se expandió en el este de Europa por ambos motivos, ideológicos y realistas.

Ahora bien, desde el prisma del realismo ofensivo esta cooperación se basará siempre en la ya explicada teoría de las ganancias relativas y/o absolutas, y en definitiva las grandes potencias trabajaran conjuntamente buscando maximizar su cuota de poder, y tratando de mantener un orden internacional estable acorde a sus intereses en la medida de lo posible.

En esta línea, Mearsheimer (2001) opina que: “el orden internacional particular vigente en cualquier momento es producto del interés y comportamiento individual de las grandes potencias en el sistema” (p.49).

Mearsheimer (2001) añade que: “en otras palabras, la configuración del sistema es la consecuencia inintencionada de la competición en materia de seguridad entre las grandes potencias, y no el resultado de estados que actúan conjuntamente para lograr la paz” (p.49).

Mearsheimer cree que cualquier estado que se plantee cooperar deberá considerar como serán distribuidos los beneficios entre ambas partes, y en lo referente a las grandes potencias, al estar preocupadas por el equilibrio de poder pondrán énfasis en las ganancias relativas (y no absolutas) cuando consideren cooperar con otros estados. Sin embargo, tal y como argumenta Mearsheimer, la cooperación es más difícil de alcanzar cuando los estados están en sintonía con las ganancias relativas y no con las absolutas (Mearsheimer, 2001:52).⁵⁷

En definitiva, para concluir el marco teórico dedicado a Mearsheimer (2001), y rescatando los primeros párrafos del mismo, para este autor :”es la estructura del sistema internacional, y no las características individuales de las grandes potencias las causas que invitan a pensar y actuar de un modo ofensivo y a buscar la hegemonía” (p.53), y por ende, Mearsheimer asume que el motivo principal que sustenta el comportamiento de las grandes potencias es la supervivencia, la cual, en un mundo anárquico motiva a los estados a actuar de un modo agresivo (Mearsheimer, 2001:53-54), más aun cuando se desconocen las verdaderas intenciones del resto de estados (Mearsheimer, 2001:3). Dicho de otro modo, para Mearsheimer (2001): “si una gran potencia quiere sobrevivir, deberá actuar como un buen realista ofensivo” (p.12).

⁵⁷ El realismo ofensivo propone que esta situación se produce debido a que cuando se buscan ganancias absolutas, cada parte está preocupada en maximizar sus propios beneficios sin preocuparse sobre cuanto ganará o perderá la otra parte. En cambio, con las ganancias relativas cada parte considerará no solo su propia ganancia individual, sino también cuanto va a ganar en comparación a la otra parte.

3.2 Samuel Phillips Huntington: El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial

-Cuando Samuel Phillips Huntington (en adelante Huntington), escribió su famosa obra "*el choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*" en 1996, se convirtió en un autor polémico debido a que algunas de sus afirmaciones fueron consideradas políticamente incorrectas en un contexto en el que se pensaba que se disfrutaría de los dividendos de la paz tras el derrumbe de la URSS y el final de la guerra fría.

Huntington escribió su obra al no convencerle el estudio de las teorías vigentes hasta 1991 (hecho que comparte con Mearsheimer). Una de estas teorías analizadas fue la que planteó Francis Fukuyama en su obra "*el fin de la historia y el último hombre*" escrita en 1989 (conjunción del capitalismo y la democracia representativa, visión unipolar de un mundo liderado por Estados Unidos, y necesidad del resto de estados de acogerse a esta lógica si quieren sobrevivir).

Sin embargo, esta teoría no convenció a Huntington, y éste planteó que la fuente principal de conflictos en el mundo posterior a la guerra fría no estaría relacionada con la ideología y/o la economía, sino más bien con la diversidad cultural. Para Huntington los estados continuaran siendo los protagonistas en el sistema político mundial, pero sugiere que los conflictos de la política internacional tendrán como fondo a distintas civilizaciones. Es por ello que Huntington cree que considerar la caída del comunismo soviético como la victoria definitiva de Occidente frente al resto mundo es una actitud soberbia (Huntington, 1996:77)⁵⁸.

En este sentido, para Huntington (1996): "la cultura y las identidades culturales, que en su nivel más amplio son identidades civilizacionales, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fría" (p.20), y por tanto: "la guerra de ideas ha terminado" (p.33), en tanto que: "el choque intracivilizatorio de las ideas políticas generadas por Occidente, está siendo sustituido por un choque de cultura y religión entre diversas civilizaciones" (p.61).

Huntington (1996), como se ha comentado, considera que los Estados-nación continuaran siendo los actores principales en el sistema internacional, sin embargo añade que: "sus intereses, asociaciones y conflictos están cada vez más configurados por factores culturales y civilizatorios" (p.39).

⁵⁸ Huntington, S. (1996). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós Estado y Sociedad (edición marzo de 2020).

Este autor cree que como resultado, los conflictos que tienen una mayor probabilidad de estallar son aquellos que se den entre grupos de estados de civilizaciones diferentes (Huntington, 1996:30).

La cuestión es ¿Qué es una civilización? ¿Qué comprende/engloba? Lo cierto es que existen diversas definiciones acerca de cómo se puede concebir este término, y en este caso Huntington (1996) define a una civilización como: “una cultura en mayúsculas” (p.46).

Más concretamente, Huntington (1996) afirma que una civilización es: “el agrupamiento cultural humano más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas” (p.48), agrupamiento cultural en el que Huntington incluye la religión, las costumbres, valores, instituciones, lengua, historia (como elementos objetivos de la civilización), así como la auto-identificación subjetiva de las personas en una civilización u otra (Huntington, 1996:48).

Ahora bien, Huntington sostiene que hay un rasgo en las civilizaciones que es superior (o más relevante) que los demás, y este no es otro que la religión (es necesario destacar que cuando éste autor se refiere a la religión nunca lo hace en sentido teológico, sino sociológico). Huntington (1996) defiende este argumento añadiendo que:” (...) las principales civilizaciones de la historia humana se han identificado estrechamente con las grandes religiones del mundo; y personas que comparten etnicidad y lengua pueden (...) matarse brutalmente unas a otras porque creen en dioses diferentes” (p.47).

Por otra parte, es común confundir los términos de civilización y raza en tanto que son conceptos que, erróneamente, se identifican como sinónimos. Este hecho no pasa desapercibido para Huntington, el cual manifiesta que pueden existir personas que pertenezcan a una misma raza y compartan ese aspecto en común pero que, sin embargo, estén profundamente divididas por la civilización, y que al mismo tiempo personas que pertenezcan a razas distintas pueden encontrar lazos de unión en una civilización común (Huntington, 1996:47).

Huntington (1996) matiza lo comentado agregando que:” las distinciones cruciales entre grupos humanos atañen a sus valores, creencias, instituciones y estructuras sociales, no a su talla física, la forma de su cabeza ni el color de su piel” (p.47).

Por tanto, de lo comentado hasta ahora se desprende que Huntington entiende que las religiones vertebran las civilizaciones, y generan distanciamiento entre ellas, debido a que los valores y creencias distintos chocan entre civilizaciones, y una persona de una determinada civilización difícilmente se sentirá cómoda con los valores de otra civilización.

En definitiva, Huntington aclara que las civilizaciones son realidades culturales, no políticas, ya que una misma civilización puede contener una o diversas formas de gobierno político, y por otra parte las civilizaciones generalmente contienen a distintos Estados (Huntington, 1996: 49-50), aunque hay excepciones, como Japón, el cual según Huntington (1996): “es una civilización que es un Estado” (p.50), o China, la cual según Lucian Pye: “es una civilización que pretende ser un Estado” (Lucian, 1990, citado en Huntington, 1996:50).

Llegados a este punto cabría preguntarse cuáles son las civilizaciones que fruto de su supervivencia y/o adaptación/conjunción con otras a lo largo de la historia han logrado sobrevivir hasta el siglo XXI.

Huntington advierte que esta clasificación varía en función del autor que pretenda dar respuesta a esta pregunta, aunque coincide en que existe cierto consenso en cuanto a considerar que las grandes civilizaciones que están presentes en nuestro tiempo son: la sínica (o confuciana, la cual tiene como máximo exponente a China), japonesa, hindú, islámica, ortodoxa, occidental, latinoamericana, y (aunque Huntington tiene dudas) africana (Huntington, 1996:50-53).

Huntington plantea, no obstante, que durante los últimos 400 años la civilización occidental ha sido la que ha imperado sobre el resto de civilizaciones, las cuales quedaron subordinadas a ésta por distintas razones, ya sea por los avances tecnológicos (y consecuentemente militares) que se dieron especialmente durante las revoluciones industriales llevadas a cabo en el seno de la civilización occidental, como por el desarrollo de ideologías y sistemas de organización política que también, al igual que la tecnología fueron exportados por Occidente alrededor del globo, así como por la implantación de un sistema internacional de corte occidental (Huntington, 1996:57-59), o por el dominio de esta civilización en materia económica y la consecuente necesidad/dependencia del resto de civilizaciones frente a Occidente (Huntington:1996:95).

Sin embargo, Huntington declara que este paradigma ha cambiado, y que”: en el siglo XX, las relaciones entre civilizaciones han pasado, de una fase dominada por la influencia unidireccional de una civilización sobre todas las demás, a otra de interacciones intensas, sostenidas y multidireccionales entre todas las civilizaciones (...) en el que el sistema internacional se extendió más allá de Occidente y pasó a incluir múltiples civilizaciones” (p.59-60).

Lo comentado en el párrafo anterior no es un hecho menor, ya que es precisamente el fin de “las guerras de ideas” el que ha resultado en que el ámbito de los conflictos haya dejado de ser unidimensional (guerras ideológicas) para ser multidimensional, ya que en el mundo surgido tras la guerra fría no existe únicamente un criterio de conflicto, sino que se dan múltiples de ellos, a causa, en parte, como aclara Huntington (1996), de las :”múltiples fracturas entre Occidente y otras civilizaciones, y entre los muchos no-Occidentales” (p.61).

Huntington propone como ejemplo el caso de la Unión Soviética, argumentando que aquellas sociedades que estén unidas por razones ideológicas, pero que estén divididas civilizacionalmente, o bien se deshacen, o están sometidas a una gran tensión (Huntington, 1996:23). Para reflejar lo mencionado Huntington (1996) añade:” (...) en la antigua URSS existían 164 conflictos y reivindicaciones étnico-territoriales con relación a las fronteras, de los cuales 30 habían supuesto algún tipo de enfrentamiento armado (p.38).

En gran medida, la razón principal por la que la antigua URSS se vio inmersa en esta tipología de conflictos se debe a que muchas de las fronteras de las antiguas exrepúblicas soviéticas fueron confeccionadas “a caballo” entre distintas civilizaciones, teniendo como ejemplo los casos de Ucrania y Nagorno-Karabaj.

En esta línea, según expresa Huntington (1996): “(...) el gobierno soviético configuró las fronteras con el fin de crear repúblicas partidas, anexionando la rusa Crimea a Ucrania, y la armenia Nagorno-Karabaj a Azerbaiyán” (p.163).

Ante esta “trágica” realidad rusa, Cooper (2002) opina que las tensiones cada vez más numerosas relacionadas con las minorías que se encuentran en el inmenso territorio ruso, así como la desconexión existente entre Moscú y el resto del territorio asiático, han sido una de las causas que han hecho que el país eslavo haya atravesado una interminable convalecencia hasta la actualidad ⁵⁹(Cooper, 2002, citado en Marcu, 2007:4).

En relación al caso ruso es necesario recordar otro aspecto importante comentado en el apartado 2.2 de este trabajo, y es que con el final de la guerra fría, los países de la ya extinta URSS se vieron motivados para recobrar sus identidades nacionales (Marcu, 2007:4).

⁵⁹ S, Marcu. (2007). *La geopolítica de la Rusia postsoviética: desintegración, renacimiento de una potencia y nuevas corrientes de pensamiento geopolítico*. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Universidad de Barcelona. Vol. XI, núm. 253.

Huntington describe como con el fallecimiento del comunismo soviético el resurgimiento de la religión ortodoxa en Rusia (y otros países de mayoría eslavo-ortodoxa), así como de la religión islámica en las exrepúblicas soviéticas de Asia Central pasaron a ser protagonistas, ocupando de este modo el vacío que había dejado la ideología comunista (Huntington, 1996:114). De ello deriva que en Rusia, la iglesia ortodoxa es el único vínculo y seña de identidad que es capaz de unir al pueblo ruso, a la par que las repúblicas centroasiáticas tienen el deseo profundo de reafirmar una identidad que el Kremlin silenció durante décadas (Huntington, 1996:116).

No fue casualidad por tanto que las tensiones entre azeríes y armenios (entre otras que se dieron tanto en el territorio ruso como en su “extranjero próximo”) resurgieran con fuerza tras más de medio siglo de supresión de las identidades nacionales y culturales a favor de la ideología marxista-leninista.

Huntington va todavía más lejos en el caso ruso, ya que para él los resultados de las elecciones parlamentarias rusas (anteriores a 1996), reflejan rotundamente que Rusia es un país desgarrado⁶⁰, en el que tanto sus habitantes como las elites del país dudan si deben unirse a Occidente o enfrentarse a él (Huntington, 1996:42).

Huntington añade que Rusia ha sido históricamente, desde los tiempos de Pedro el grande, un país desgarrado, dividido y confuso acerca de la pregunta sobre si forma parte de la civilización Occidental o forman en sí misma una civilización particular euroasiática (Huntington, 1996:163-164) y desde el final de la guerra fría, concluye Huntington (1996): “la opinión pública rusa estaba tan dividida como las elites rusas” (p.169).

Manuel de la Cámara (2010) coincide en lo apuntado en el párrafo anterior, puesto que según este autor Rusia sigue teniendo un problema de identidad, y de hecho añade que: “(...) sus vecinos europeos han tenido dudas sobre la pertenencia de este país a Europa y a los valores que representa Occidente” (p.8). Este autor matiza su afirmación argumentando que desde el siglo XV el pueblo ruso vivió aislado de Occidente por diversos motivos, debido a los cuales no llegaron a “calar” en la sociedad rusa las ideas del Renacimiento (S. XIV-XV) ni posteriormente las de la Ilustración (S.XVIII), y como resultado los principios de la democracia liberal no han sido arraigados en Rusia⁶¹. (De la Cámara, 2010:8).

⁶⁰ Huntington define un país desgarrado como aquel que tiene una única cultura predominante que lo enmarca dentro de una civilización, pero en el que al mismo tiempo sus líderes pretenden desplazarlo a una civilización distinta (Huntington, 1996:163).

⁶¹ De la Cámara, M. (2010). *La política exterior rusa* (grupo de trabajo 33/2010). Real Instituto Elcano.

De este modo, según Huntington, Rusia ostentaba de nuevo la condición de estado desgarrado con el final de la guerra fría, en que el dilema (histórico) de “mirar a Occidente o mirar a Asia” despertó de su letargo. Huntington (1996) interpreta que: “durante una década (...) la tendencia fue ir pasando de los primeros a los segundos: el occidentalizado Gorbachov cedió el puesto a Yeltsin, ruso en su estilo, occidental en sus creencias expresadas, quien, a su vez, estaba amenazado por (...) otros nacionalistas que encarnan la indigenización ortodoxa rusa en persona” (p.111).

En todo caso, Vladimir Putin no fue (ni es) ajeno al escenario que propone Huntington, y concibe al pueblo ruso más bien como una civilización que como un Estado.

La relación iglesia-estado que ha pautado Putin desde su llegada al Kremlin ha seguido los pasos que inició el último dirigente soviético (Gorbachov) con el cual esta relación se redefinió tras un periodo de tiempo (aproximadamente desde el final de la 2ª guerra mundial hasta mediados de los años 80) en el que la iglesia ortodoxa había quedado supeditada al paradigma ideológico (aunque no por ello había desaparecido).

Muestra de la voluntad de la clase política rusa de reafirmar su identidad mediante el vínculo con la iglesia ortodoxa son las palabras que expreso el secretario general del PCUS en 1988, que fueron recogidas por Ellis (2004) en relación al vínculo entre Rusia y la iglesia ortodoxa: “tenemos una historia común, una tierra común, y un futuro común⁶²” (Ellis, 2004, citada en Guerrero-Solé, 2012:121).

Huntington (1996) comprende que cuando una sociedad se encuentra ante una crisis de identidad, lo importante para las personas es:” la sangre y las creencias, la fe y la familia” (p.148),y por tanto la gente se siente identificada con aquellas personas con las que comparte aspectos comunes como la lengua, historia, valores, costumbres, y por supuesto religión, a la par que se distingue y aleja de aquellas otras sociedades con las que las diferencias son más notables (Huntington,1996:148).

⁶² Guerrero-Solé, F. (2012). *La crisis de valores en la Rusia postsoviética. El papel de la Iglesia Ortodoxa en los medios de comunicación de masas*. Universidad Pompeu Fabra Barcelona. pp. 118-128.

Vladimir Putin es consciente de que el fervor religioso es, y fue durante gran parte de la historia de la humanidad, un pilar indispensable para una sociedad (o civilización), puesto que la religión es útil tanto para unir a un pueblo, como para diferenciar (e incluso odiar) a otros que no comparten las mismas creencias, proceso que en el mundo regido por la globalización está acelerándose dramáticamente fruto de la mayor circulación de ideas, valores, costumbres, modos de hacer, pensar...

Por ello, según Knox (2005) desde la llegada de Vladimir Putin al poder no ha resultado extraño ver en múltiples ocasiones a representantes de la iglesia ortodoxa rusa en actos de Estado (Knox, 2005, citado en Guerrero-Solé, 2012:121). En definitiva, las dos últimas décadas de “democracia” en Rusia han significado un auténtico resurgimiento de la iglesia ortodoxa rusa, la cual ha recuperado su papel protagonista en dicho país (Guerrero-Solé, 2012:126). Lo comentado hasta ahora queda corroborado también por los datos, ya que mientras en 1991 tan sólo se declaraban ortodoxos el 31% de los rusos, esta cifra aumentó hasta el 69% en 2011 (Guerrero-Solé, 2012:120).

El auge de la religión no ha sido ni mucho menos un fenómeno propio de la iglesia ortodoxa rusa, ya que otro caso todavía más clarificador al respecto es el del cada vez mayor protagonismo de la religión islámica.

Los signos que muestran que el islam está adquiriendo cada vez una mayor importancia en las sociedades históricamente islámicas se basan sobre todo en el número de practicantes de dicha religión (asistencia a la mezquita, oración, ayuno), la proliferación de publicaciones de índole religiosa, la importancia prestada a los valores y costumbres islámicas, atuendos...etc. (Huntington, 1996:130).

Países islámicos que durante el último siglo habían tenido un carácter más moderado en materia religiosa, tales como Turquía por ejemplo, al darse cuenta, según Huntington (1996) de la fuerza potencial del islam:” han mostrado una sensibilidad y una inquietud cada vez mayores acerca de las cuestiones islámicas” (p.131). Por otra parte resulta obvio como el extremismo islámico (la mal llamada “yihad” por sus actores) ha tenido un grave impacto en la escena internacional especialmente desde la década de 1990; extremismo radical que por cierto, ha tenido como intelectuales y autores materiales a muchos jóvenes formados en universidades occidentales (Huntington, 1996:133).

El asunto de los jóvenes en este caso particular, y sobre todo en general, no es un aspecto menor dentro del paradigma que propone Huntington, puesto que este autor argumenta que son éstos jóvenes los que el día de mañana serán posibles adeptos de las organizaciones islamistas y movimientos políticos, a los que darán su apoyo (Huntington, 1996:140).

Lo comentado nos acerca a uno de los elementos que Mearsheimer incluye en su definición del concepto de “poder potencial”, y este no es otro que la demografía.

De esta manera Huntington expresa que los jóvenes son una variable muy importante en cualquier sociedad, no solo porque éstos son los futuros creyentes, soldados, trabajadores, partidarios de determinados movimientos y/o revoluciones...sino porque una población mayor necesita, en definitiva, más recursos, y por tanto Huntington (1996) argumenta que las sociedades con poblaciones densas: “tenden a presionar hacia el exterior, a ocupar territorios y a ejercer presión sobre otros pueblos demográficamente menos dinámicos” (p.141).

Esta realidad resulta preocupante, no sólo para el pueblo eslavo-ortodoxo, sino también para la civilización Occidental, en tanto que los índices de natalidad de ambas civilizaciones son ridículas en comparación con los datos que conciernen a civilizaciones como la islámica, la sínica o la hindú.

Más concretamente, la variable demográfica rusa representa un problema interno estructural para la Federación, debido a que su grave problema demográfico es la suma de una baja tasa de natalidad (10,4/1000), y una alta tasa de mortalidad (16/1000), que resulta en una baja densidad de población, especialmente en las regiones de la “Rusia asiática” (De la Cámara, 2010:7), regiones despobladas en las que además la penetración de población china comienza a preocupar a Moscú (De la Cámara, 2010:26).

Volviendo al caso particular de Turquía, Huntington considera que este país es al igual que Rusia, un claro ejemplo de país desgarrado, el cual desde la década de 1920, con Mustafá Kemal Atatürk al frente, ha estado (o mejor dicho, estuvo) tratando de occidentalizarse y convertirse en parte de Occidente (Huntington, 1996:164), y a causa de ello, Kemal trató de crear un Estado nacional homogéneo, expulsando y matando tanto a griegos como armenios para lograr tal dicha (Huntington, 1996: 170). Kemal Atatürk intentó alejar al pueblo turco de su pasado musulmán y otomano, y no dudó en eliminar al islam como religión de Estado, e incluso promulgar que el turco se escribiera en caracteres romanos y no árabes (Huntington, 1996:170).

Por otra parte, Turquía mira hacia el Cáucaso y Asia central mientras sueña con liderar la comunidad pantúrqica de naciones, pero también para poner trabas y tratar de evitar que tanto Irán como Arabia Saudí (y también Rusia) consigan una mayor influencia en la región (Huntington, 1996:173).

Ahora bien, si bien durante el periodo que comprendió la guerra fría las discrepancias turco-soviéticas no suscitaron la cuestión identitaria turca, las relaciones con los países árabes posteriores al fin de la misma si lo hicieron (Huntington, 1996:172).

En definitiva, Huntington (1996) explica que Turquía, al igual que muchos otros países, se planteó cuestiones importantes de “identidad nacional e identificación étnica”, y que “la religión estaba allí para proporcionar una respuesta” (p.174). Por ello, a partir de la década de 1980 comenzó a intensificar sus relaciones con países árabes y musulmanes al tiempo que su política exterior se iba islamizando gradualmente (Huntington, 1996:176) hecho que con toda seguridad ha sido acelerado todavía más por la marginalización Occidental (especialmente de la Unión Europea) respecto a las pretensiones turcas de entrar en la Unión, la cual ha negado su acceso alegando diversos motivos (bajo desarrollo económico, vulneración de derechos humanos...), pero según declaraciones del expresidente turco Özal en 1992, la verdadera razón por la que la UE no admite a Turquía es que:“(…) somos musulmanes y ellos cristianos (...) pero no lo dicen” (Huntington, 1996:172).

Con todo lo expuesto hasta el momento, el caso del Cáucaso en general, y el de Nagorno-Karabaj en concreto, resulta en uno de los mejores ejemplos que desgraciadamente escenifica mejor el choque de civilizaciones propuesto por Huntington.

No obstante, el conflicto armenio-azerí está supeditado al menos en parte, a los intereses de dos de las potencias regionales en el Cáucaso, es decir, Rusia y Turquía (con el permiso de Irán). Según Huntington (1996): “armenios y azerbaiyanos luchan entre sí mientras sus parientes rusos y turcos intentan, a la vez, apoyarlos y contener el conflicto” (p.149). No obstante tampoco debe olvidarse el papel que tiene Irán en la región, como parte integrante de la civilización islámica (aunque forma parte de otra sub-civilización distinta a la turca, siendo éste el representante del chiismo).

Podría chocar después de todo lo expuesto que un país islámico (Irán) pueda mantener buenas relaciones y compartir intereses con una civilización distinta (eslavo-ortodoxa), sin embargo Huntington (1996) argumenta que los alineamientos políticos y económicos no han de coincidir necesariamente con la cultura y la civilización, puesto que: “las consideraciones del equilibrio de poder llevarán a veces a alianzas entre miembros de distintas civilizaciones” (p.150).

Esto puede trasladarse a las relaciones ruso-turcas, tanto en las actuales como en las que, en general, se establecieron desde el final de la 1ª guerra mundial.

La idea planteada en el párrafo anterior también se puede escenificar en el caso de Irán, el cual ha fortalecido sus relaciones con Armenia debido al temor que existe en Teherán de que las aspiraciones secesionistas de sus territorios noroccidentales (de población étnicamente azerí en su mayoría) sean apoyados o reavivados desde Bakú (González, 2014:12), territorios que por cierto, están repletos de petróleo (Moreno, 2003:36).

Lo cierto es que el pueblo azerí tiene en gran medida una ascendencia persa (iraní), y ambos países comparten población y el mismo culto (chiismo), realidad que desde Bakú produce temor, por lo que el “miedo” entre ambos países en clave civilizacional es mutuo, y en definitiva a Irán no le interesa tener conflictos internos con su población de origen azerí, por lo que trata de mantener buenas relaciones con su vecino Azerbaiyán (Torres, 2020:11).

Otro ejemplo que también podría resultar extraño en clave Huntingtoniana es el hecho de que Rusia suministrara armamento a Azerbaiyán durante el primer conflicto del alto Karabaj (Peña-Ramos, 2018:232), el cual con toda seguridad iba a emplearse para atacar a sus “aliados” armenios, los cuales evidentemente también eran armados desde Moscú. La lectura en este caso es la misma que se ha señalado con anterioridad, y es que Huntington argumentó que los intereses políticos y económicos no han de coincidir necesariamente con criterios culturales y/o civilizacionales.

Cabe añadir que a los problemas ya de por sí intrínsecos a la región del Cáucaso en cuanto a la multitud de etnias que existen en la región, así como de las 2 principales religiones que se profesan en la misma, se vieron agravados tanto por las “inyecciones” y “extracciones” artificiales de población practicadas por turcos y rusos sobre todo en los siglos XIX y XX, a lo que debe sumarse que muchos de los territorios de las antiguas repúblicas soviéticas fueron confeccionados “a caballo” entre las líneas divisorias de civilizaciones (Huntington, 1996:163).

Las regiones, según Huntington (1996), son realidades geográficas, no culturales, y por ello este autor considera que en base a la hemeroteca histórica: “si la cultura y la geografía no coinciden, se las puede hacer coincidir mediante el genocidio o la emigración forzada” (p.162).

Ambos hechos han ocurrido, desafortunadamente, en la región del Cáucaso, la segunda de ellas ha sido practicada tanto por rusos como por turcos (así como armenios y azeríes), y la primera, especialmente por parte de Turquía.

En definitiva, el asunto respecto a Nagorno Karabaj es sumamente delicado, y todo y que no es el único conflicto latente en la región del Cáucaso, sí que es el último en el que la sangre ha llegado al río, y tal y como ocurrió en 1994 nada parece indicar que el bando perdedor del último conflicto (Armenia) vaya a quedarse de brazos cruzados indefinidamente, sino que más bien, atendiendo a los postulados de Mearsheimer, Armenia probablemente espere el momento oportuno (si se da) para desequilibrar de nuevo la balanza de poder en la región de Nagorno-Karabaj (siempre y cuando tenga el visto bueno de Moscú).

Cabe recordar que aproximadamente el 75% de la población karabají es cristiana (ortodoxa) y étnicamente armenia, mientras que sus vecinos azeríes son en su mayoría musulmanes y étnicamente turco-azeríes (Peña-Ramos, 2018:231).

Atendiendo a las advertencias que manifestó Huntington, “la revancha de dios” podría favorecer más al bando azerí que al armenio, primero porque su población es algo más del triple que la de Armenia, y segundo porque el resurgimiento islámico se está dando con mucha más fuerza que el de cualquier otra religión (mayor número de creyentes), por no hablar, todavía, de las inmejorables condiciones económicas (y militares) que ostenta Bakú respecto a Ereván (aunque este asunto incumbe más bien a las aportaciones de Mearsheimer).

Por ende, la variable cultural, religiosa, y en definitiva civilizacional aportada por Huntington juega un rol muy importante en el conflicto de Nagorno-Karabaj, sin embargo no es el único criterio para tratar de comprender un conflicto poliédrico, en el que están en disputa múltiples intereses (mayormente energéticos), y en el que desde la década de 1990 las potencias regionales del Cáucaso (en especial Rusia) han tratado de mantener un equilibrio muy complicado, que se ha demostrado demasiado frágil. En las siguientes páginas, con el abordaje del estudio de caso, se profundizará en los aspectos fundamentales comentados superficialmente hasta ahora durante el transcurso del trabajo para tratar de dar respuesta a la pregunta de investigación así como para validar/refutar la hipótesis planteada.

4. Estudio de caso: el conflicto de Nagorno-Karabaj y su afectación regional

4.1 Introducción al estudio de caso

-El último gran conflicto armenio-azerí sucedido en la última década del siglo XX (1988-1994) culminó con la firma del denominado protocolo de Bishkek (propiciado por el Grupo de Minsk-OSCE), el cual fue firmado por Armenia, Azerbaiyán, la república de Nagorno Karabaj, y la Federación Rusa en mayo de 1994. El protocolo mencionado, no obstante, no supuso en absoluto una solución definitiva al conflicto, e incluso (desde el punto de vista del autor de la presente investigación) dicho protocolo podría ser bautizado como “el Tratado de Versalles del Cáucaso”, en tanto que las condiciones que tuvo que aceptar el bando perdedor (Azerbaiyán) no llamaban demasiado a la paz, puesto que tuvo que resignarse a aceptar la pérdida de todos los territorios que habían sido ocupados por los armenios en el conflicto.

El primer conflicto del “Alto Karabaj” supuso para Azerbaiyán la pérdida, no solo de Nagorno Karabaj, sino también de 7 provincias colindantes que en conjunto representaban cerca del 14% de su territorio (Ibarra, 2011:5-6), a lo que deben añadirse las 27.000 bajas que sufrió el ejército azerí (frente a las 5.000 del bando armenio) y a los cerca de 25.000 azeríes que tuvieron que abandonar Nagorno Karabaj (Setién, 2020:6).

Por tanto, la lucha por el control del enclave caucásico no tuvo como resultado exclusivo la independencia de facto de la autoproclamada república de Nagorno Karabaj, sino que la ocupación armenia de las zonas adyacentes al enclave suponían una autentica barrera defensiva que no solo proporcionaba seguridad al territorio en cuestión (Torres, 2020:3), sino que además garantizaba las comunicaciones con Armenia y la sostenibilidad de la economía del enclave (Albero, 2020:1).

Sin embargo, la república de Nagorno Karabaj (o Artsaj) no fue reconocida por ningún otro Estado, ni siquiera por Armenia, y tal y como expresa Albero (2020)⁶³: “las espadas permanecieron en alto, con Azerbaiyán manteniendo su enérgica reivindicación del territorio” (p.1), hecho que se traducía en el mantenimiento de la región en una situación que Ibarra (2011) calificó como de “no guerra, no paz” (p.5).

⁶³ Albero, J. (2020). *Combates en Nagorno-Karabaj: un nuevo blitz de Erdogan*. Estudios globales. Revista Global Strategy. pp.1-3.

Ante esta coyuntura, a la que debe añadirse la erosión de la legitimidad de los gobiernos tanto de Armenia como de Azerbaiyán, la problemática que supone el flujo de refugiados, y la negativa de ambos bandos de encontrar una solución pacífica al conflicto (Ibarra, 2011:7) era cuestión de tiempo que los enfrentamientos armados entre ambos bandos volvieran a copar las portadas de los periódicos, y de que, según el prisma del realismo ofensivo, Azerbaiyán aguardara el momento propicio (oportunidad) para poder materializar sus deseos de retomar el territorio perdido, a medida que el crecimiento progresivo de sus capacidades (económicas y militares) iban a brindar al país azerí la posibilidad de proyectar su músculo militar más allá de sus fronteras con mayor contundencia.

Los años que sucedieron la firma del alto el fuego fueron prueba de ello, ya que se calcula que entre 1994 y 2011 cerca de 3.000 personas perdieron la vida en esta región fruto de diversas escaramuzas (Ibarra, 2011:13), y desde el año 2015 han habido aproximadamente 300 incidentes en los que ha habido bajas (Torres, 2020:3).

De hecho, en 2016 se produjo la denominada “guerra de los cuatro días”, el cual fue el último enfrentamiento relevante entre armenios y azeríes hasta el último estallido del conflicto en 2020. Aquel enfrentamiento, aunque fue breve, parecía sentar un precedente de lo que ocurriría 4 años más tarde, y con toda seguridad Azerbaiyán “tanteo” el terreno para comprobar las capacidades militares de su enemigo acérrimo, quien sabe si para asegurarse de que había llegado la oportunidad de alterar el equilibrio de poder en la región.

El resultado de la denominada “guerra de los cuatro días” (2016) fue la recuperación por parte de Azerbaiyán de algunos territorios, que aunque no fueron significativos, ponían de manifiesto que la situación (y las capacidades) azeríes eran muy superiores a las armenias, en comparación con el escenario que se dio entre 1988-1994, y que los ingresos procedentes de la exportación de crudo (iniciados en 1994) parecían estar dando sus frutos en el campo de batalla (Torres, 2020:3), reflejando de este modo la afirmación de Mearsheimer respecto a la necesidad que tienen los Estados de conseguir altos niveles de poder (económico) si pretenden construir, entrenar, equipar, y modernizar constantemente un ejército que pueda calificarse como “poderoso” (Mearsheimer, 2001:61).

Por otra parte, durante el periodo de entreguerras en Nagorno-Karabaj (1994-2020), las reuniones propiciadas por el Grupo de Minsk en el marco de la OSCE se caracterizaban de forma resumida, según González (2014) en: “muchas buenas palabras pero pocos avances hacia un acuerdo” (p.4), y por ende, en la perpetuación del “conflicto congelado”.

Así las cosas, el 12 de Julio de 2020 se iniciaba un nuevo episodio de combates en la región, aunque en esta ocasión el choque armado entre Armenia y Azerbaiyán iba a tener mayores repercusiones para ambos en tanto que la magnitud del conflicto fue mayor a la de los pequeños enfrentamientos sucedidos desde 1994, y como consecuencia, la influencia y el poder de las potencias regionales caucásicas en este territorio iba a quedar al descubierto, desvelando las fortalezas y debilidades de las mismas, especialmente de la Federación Rusa.

4.2 La llama vuelve a prenderse

-Como no podía ser de otro modo, armenios y azeríes se acusaron mutuamente de haber iniciado las hostilidades (Torres, 2020:6), aunque resulta interesante que, en base a los hechos, algunos autores discrepan sobre que país tomó la iniciativa en este último conflicto. Para Botta (2020), desde un punto de vista militar los argumentos armenios no parecen tener sentido, debido a que el mayor número de bajas azeríes en los primeros días de combate podría demostrar que el factor sorpresa ha estado del lado armenio, debido a que: “quien sufre el ataque es, generalmente, quien sufre las mayores bajas” (p.4), a lo que el mencionado autor añade que no resulta creíble que Azerbaiyán pretendiera iniciar una operación de ocupación de territorio armenio con un vehículo ligero, y que en todo caso tal intento habría seguido un patrón similar al que empleó el país azerí en 2016, en la que hubo una estrategia bien coordinada en la que se empleó gran parte del potencial armamentístico de dicho Estado (Botta, 2020:4).

No obstante, Torres (2020) discrepa con lo defendido por el autor anterior, ya que expone que las operaciones azeríes se encontraban previamente preparadas, argumento que sostiene debido a las escaramuzas que sucedieron los días previos en “la línea de contacto”, las cuales podrían interpretarse como combates de reconocimiento por parte de las tropas azeríes, a lo que el autor añade como argumento las declaraciones que realizó el presidente azerí, Ilham Aliyev, poco antes de los ataques, según el cual debía ponerse fin a una ocupación de más de 30 años (Torres, 2020:6).

Torres (2020) también defiende su argumento sosteniendo que tanto Armenia como la república de Nagorno-Karabaj:” no tienen capacidad de realizar acciones ofensivas de importancia más allá de las posiciones sobre las que se mantienen” (p.7). Albero (2020) coincide en que Azerbaiyán fue quien inició los enfrentamientos, debido a que:” (...) la magnitud de las fuerzas empleadas indican una sólida preparación previa, y señalan a Bakú como promotor muy probable de la ruptura de hostilidades (p.2).

Fuere como fuere, “la sangre llegó al río” de nuevo, y durante las seis semanas que duraron los enfrentamientos se produjeron 2.425 bajas de militares armenios, y de cerca de 1.500 combatientes azeríes, a los que cabe sumar unos 400 civiles fallecidos, y el desplazamiento de más de 100.000 armenios (Setián, 2020:12). El desenlace de éste último conflicto se ha traducido en una rotunda victoria de Azerbaiyán, propiciada por su superioridad militar unida al apoyo recibido por parte de distintos aliados internacionales en el campo de batalla (Setián, 2020:4), especialmente, Turquía.

Así, en noviembre de 2020, se firmaba un nuevo alto el fuego en Nagorno-Karabaj, el cual era calificado por Aliyev como “una capitulación de Armenia”, mientras que el primer ministro armenio, Nikol Pashinián, anunciaba en su cuenta de Facebook que, tras haber realizado un profundo análisis de la situación militar, había firmado un acuerdo de paz “muy doloroso” (Setián 2020:11-12).

El alto el fuego requirió que Armenia devolviera a Azerbaiyán el control de los siete distritos anexos a Nagorno-Karabaj, los cuales fueron ocupados por los armenios en el primer conflicto del alto Karabaj (perdiendo el 70% de los territorios que controlaba en Nagorno-Karabaj desde 1994⁶⁴), configurando de este modo un mapa muy distinto al vigente desde 1994.

Debe apuntarse también que fruto del acuerdo de alto el fuego Armenia se compromete a garantizar la seguridad de conexiones entre Azerbaiyán y la región de Najicheván, la cual cabe recordar, es un enclave azerí rodeado de territorio armenio. No menos importante es el despliegue de tropas rusas (se estima que cerca de 2.000 soldados) que permanecerán durante los próximos 5 años en el denominado corredor de Lachin, el cual une Armenia con Nagorno-Karabaj (Setián, 2020:12).

De este modo el Kremlin ha logrado una de sus aspiraciones ya mencionadas anteriormente en esta investigación, es decir, conseguir que la “solución” al conflicto haga implícita (y en este caso explícita) la ubicación de fuerzas de mantenimiento de paz rusas en los dos países (Ibarra, 2011:13), la cual permite a Rusia seguir ejerciendo como árbitro en el conflicto, y determinar (en la medida de sus capacidades) las líneas rojas que establece a Bakú y Ankara.

⁶⁴ Flores, F. (2020, 11 de noviembre). Armenia cede y acepta la paz rusa en el conflicto de Nagorno-Karabaj. *La vanguardia*.

No obstante, tal y como ocurrió en 1994, el último acuerdo de paz se presenta de nuevo como una solución parcial al conflicto, a modo de “parche”, el cual, retomando de nuevo el paralelismo con el Tratado de Versalles, impone a Armenia unas condiciones que distan mucho de lograr una auténtica pacificación a largo plazo en la región, y que de nuevo, cronifica un conflicto que con toda seguridad tarde o temprano podría estallar de nuevo.

Armenia probablemente cometió el mismo error que había cometido su vecino azerí 30 años antes, y es que en aquel entonces el país azerí, el cual estaba sumido en una crisis de legitimidad política, social y económica (a diferencia de la Armenia unida, organizada y decidida) confió en que la URSS acudiría en su ayuda en caso de que los armenios cruzaran “la línea roja”, sin embargo, ésta adoptó una estrategia en la que apoyó a ambos bandos, en la que si bien las ayudas soviéticas a Armenia fueron mayores, desde Moscú también se vendió armamento a Bakú (véase la introducción histórica en esta investigación).

Del mismo modo, sin entrar a valorar si fue Armenia o Azerbaiyán quien inició las últimas hostilidades, la primera ha tratado indudablemente de involucrar a Rusia y la OTSC en el conflicto (Botta, 2020:8). La razón de ello reside en que en el último conflicto sucedido entre armenios y azeríes, los primeros enfrentamientos no se han llevado en Nagorno Karabaj propiamente, sino en la provincia armenia de Tavush, la cual no es siquiera un territorio circundante de Nagorno-Karabaj, y es una zona sin ningún tipo de valor añadido (Botta, 2020:3).

La clave de la cuestión es que Nagorno-Karabaj no es considerado de iure como un territorio perteneciente a Armenia, y por tanto según el tratado de la OTSC ésta no se involucraría en un conflicto sucedido en dicho territorio, a diferencia de lo que “sobre el papel”, si ocurriría en territorio armenio.

Por otra parte, no es ningún secreto que la dependencia de Armenia en materia de seguridad (y economía) respecto a Rusia es total, y además, la extensión de los acuerdos bilaterales en 2010 estableció que las tropas rusas desplegadas en Armenia responderían frente a cualquier agresión que procediera de Georgia o Azerbaiyán (González, 2014:8). No obstante, a raíz del desarrollo del último conflicto ha quedado claro que Rusia no ha querido (o no ha podido) involucrarse más en el conflicto. En los siguientes sub-apartados se tratarán algunas dimensiones que podrían explicar la limitación de la capacidad de influencia rusa en el conflicto armenio-azerí, y por ende en la región del Cáucaso, en base a las relaciones que se dan entre las tres potencias regionales, los intereses de las mismas, y las debilidades intrínsecas al país eslavo.

4.3 El drama civilizacional ruso y su afectación en el equilibrio de poder

-Las aportaciones de Samuel Phillips Huntington (1996) resultan muy útiles tanto para entender (parcialmente) el conflicto de Nagorno-Karabaj entre armenios y azeríes, así como las limitaciones no solo de Rusia, sino también de Irán y Turquía en la dimensión civilizacional.

En primer lugar, el conflicto de Nagorno-Karabaj fue fundamental para la propia creación de los nuevos estados independientes de Armenia y Azerbaiyán en la década de 1990, puesto que las aspiraciones nacionalistas de la clase política de ambos países que acababan de resurgir de nuevo utilizaron Nagorno-Karabaj como un argumento de peso, el cual era envuelto en un manto de “causa nacional” (Ibarra, 2011:4).

En otras palabras, los nuevos estados independientes de Armenia y Azerbaiyán necesitaban fomentar la cohesión nacional, y el conflicto de Nagorno-Karabaj era un instrumento muy útil para lograr tal fin, puesto que según Ibarra (2011): “(...) partía de una base distinta a la ideología comunista y apelaba al consenso y unidad entre la población” (p.8), cohesión y unidad que pueden alcanzarse con más facilidad cuando, como en este caso, se trata de países pertenecientes a civilizaciones distintas.

Con el transcurso del tiempo, y los cambios en los gobiernos tanto armenios como azeríes (aunque en el último los cambios han sido más bien pocos) el conflicto de Nagorno-Karabaj ha seguido ocupando un puesto muy importante en las agendas de ambos países, especialmente de Armenia (Ibarra, 2011:5), debido a que según Ibarra (2011): “las ideas que normalmente mantienen a un Estado en pie son nacionalismo y la ideología política” (p.39), y en este caso, a falta de la segunda, la primera se presenta como la mejor opción.

Por otra parte, la complejidad étnica intrínseca a esta subregión caucásica ha sido ampliamente comentada, sin embargo, no es menos importante considerar que a nivel regional tanto la Federación Rusa, como Turquía e Irán no son estados homogéneos étnicamente, y cada uno de ellos tiene contenciosos abiertos con diversas minorías étnicas (que en algunas regiones son mayoría), hecho que se traduce en una postura común de los “tres grandes” del Cáucaso, basada en que la solución al conflicto de Nagorno-Karabaj debe estar fundamentada en el principio de integridad territorial (Ibarra, 2011:39) en tanto que el desenlace del conflicto armenio-azerí puede influir sobre los demás conflictos de condición similar tanto en la región caucásica como en el seno de las tres potencias regionales que pretenden influir sobre el Cáucaso.

Un punto de inflexión que ayuda a entender la preocupación y las problemáticas rusas en relación con el ámbito civilizacional es el conflicto checheno-ruso. A diferencia de otros contenciosos que Rusia tenía abiertos en el exterior de sus fronteras, los conflictos chechenos sucedidos en 1994 y 1999 ponían en peligro la integridad territorial de la Federación Rusa (Gsell, 2011:209)⁶⁵.

La retirada de tropas rusas en la provincia de Chechenia en 1996 supuso una derrota humillante para Moscú, más aun cuando dicha retirada se negoció a cambio del reconocimiento (de facto) de una Chechenia independiente, y reflejó tanto la debilidad rusa así como el estado precario en el que se encontraban sus fuerzas armadas (Sánchez,2014: 13)⁶⁶, por no hablar de las repercusiones que las guerras de Chechenia tuvieron como catalizadoras de inestabilidad en la región del Cáucaso (especialmente de la subregión de Ciscaucasia).

Tras la primera guerra chechena, la población musulmana de dicha región demostró la influencia y la presión que podían ejercer sobre una Rusia demasiado débil, y el islamismo radical trató de ganar peso en este territorio, a la par que anhelaba extender la “revolución islámica” a la provincia vecina del Daguestán (Sánchez,2014: 13).

Con la llegada de Vladimir Putin al Kremlin, éste trato de maquillar la imagen interior y exterior de Rusia, y recuperar la importancia que en la escena internacional había gozado su amada URSS. Ello requería necesariamente de la recomposición de la unidad territorial de Rusia bajo el amparo del nacionalismo ruso (De Andrés, 2006, citado en Gsell, 2011:209). De este modo, la nueva estrategia rusa puso el foco en el fortalecimiento de los valores tradicionales rusos, como parámetro que dirigía el nuevo proceso de “rusificación” de la política tanto nacional como internacional (Gsell, 2011:197); estrategia que tiene como columna vertebral la religión ortodoxa y diversas corrientes eslavófilas críticas con Occidente (Baqués, 2020:263)⁶⁷, las cuales son contrarias al relativismo moral europeo, y en cierto modo comparten con la civilización islámica (y sínica) el rechazo a Occidente.

⁶⁵ Gsell, N. (2011). *Rusia y el Cáucaso: las zonas de tensión*. Balance de una década de paz y conflictos: tensiones y retos en el sistema internacional. Anuario 2010-2011. Centro de educación e investigación para la paz. pp.193-212.

⁶⁶ Sánchez, M. (2014). *El Cáucaso y Asia central. La geopolítica de la esfera rusa*. Universidad de Oviedo.

⁶⁷ Baqués, J. (2020). *Los dilemas estratégicos de Rusia*. Grupo de Estudios de Seguridad Internacional. pp.261-274.

Sin embargo, la realidad es que Rusia está rodeada de una orla de estados pequeños que generan focos de inestabilidad y hacen vulnerables sus fronteras (Sánchez, 1995: 197), a lo que deben sumarse los conflictos internos, tales como el recién comentado acerca de Chechenia, los cuales no permiten que la voluntad de Vladimir Putin sea factible, menos aun con el problema de identidad ruso y el régimen de corte autoritario que dirige al país eslavo (De la Cámara, 2010:8).

Algunos analistas rusos advirtieron ya en la década de 1990 los problemas que podía conllevar una eventual crisis de identidad nacional (y por ende, civilizacional), la cual representaría una seria amenaza para la seguridad nacional (e integridad territorial) del país, y por ello, la desintegración de la URSS no implicó exclusivamente una gran pérdida de territorio, población y recursos, sino también la pérdida de identidad imperial (Kortunov, 1997, citado en Marcu, 2007:7).

Los nuevos estados surgidos de la descomposición de la URSS y sus grandes diferencias estructurales y económicas, sumadas a la complejidad étnica, hacían del espacio postsoviético un vasto territorio caracterizado por los contrastes y las tensiones (Sánchez, 1995:198). En el caso de Asia central, los potenciales conflictos de tendencia separatista que podrían desarrollarse en la región son inmensos, debido a múltiples razones, como la artificialidad de sus fronteras (y consecuentemente del emplazamiento de distintas etnias), los desajustes económicos que se traducen en un mayor peligro de ruptura social que podría dar combustible a estos conflictos, y por supuesto la presencia de islamistas radicales (Sánchez, 1995:220-221).

De todos modos, la dependencia económica de las antiguas exrepúblicas soviéticas de Asia central suponía la imposibilidad de romper todos los vínculos que unían a éstas con Moscú, hecho que fue determinante para la creación de la CEI, la cual, según Sánchez (1995) se trata de: " (...) una asociación peculiar de Estados con escasos compromisos comunes (...) caracterizada por fuertes contrastes económicos, sociales y regionales" (p.227).

Por otro lado, la dependencia económica de gran parte de las exrepúblicas soviéticas respecto a Moscú representaba un freno a las aspiraciones separatistas de algunas de ellas (Sánchez, 1995:206), y aunque en la actualidad ninguna de estas ha roto lazos con Rusia, ello no significa que no se muestren receptivas a otras influencias, como la ejercida por China, Irán, Pakistán (Sánchez, 1995:223), y por supuesto, Turquía.

En definitiva, tal y como advirtió Huntington (1996):” Las organizaciones internacionales formadas por Estados culturalmente coincidentes (...) tienen mucho más éxito que las que intentan ir más allá de las culturas” (p.23), coincidencia cultural que queda muy lejana en el caso de la CEI.

Volviendo de nuevo al Cáucaso, hay un hecho diferencial en esta región que merece ser subrayado, y es que a diferencia de lo que ocurrió en Asia central, la región del Cáucaso no fue jamás pacificada, y durante el mandato soviético esta región fue ordenada en forma de repúblicas federadas y autónomas, a las que se aplicaron diversas políticas para suprimir los nacionalismos, y se trazaron fronteras artificiales que terminarían siendo algunas de las causas de los conflictos abiertos en la actualidad (Gsell, 2011:195).

Del párrafo anterior deriva que las unidades políticas surgidas tras la desintegración de la URSS en Asia central no habían existido jamás, y por tanto las identidades nacionales no encontraron las raíces históricas o culturales que si abrazaron los Estados bálticos, Armenia, Ucrania, entre otros (Sánchez, 1995:226).

Debido a lo comentado, es precisamente al sur de la frontera caucásica rusa donde se sitúan los estados más conflictivos (Sánchez, 1995:198) desde el prisma civilizacional. En este sentido, Armenia es el país más denso demográficamente, y homogéneo étnicamente, el cual está integrado por un 90% de población armenia (Gsell, 2011:201), mientras que en Azerbaiyán existe más heterogeneidad étnica, en la que todo y predominar la etnia azerí, también conviven con aproximadamente 200.000 kurdos (Ibarra, 2011:38), lezguinos, rusos, armenios, entre otras etnias (aunque en proporciones ínfimas).

Que decir de Georgia, la cual ha sido calificada como “el enfermo del Cáucaso”, y es el Estado que integra un mayor número de etnias distintas (osetios, abjasos, adzarios, azeríes, rusos, armenios...), y por ello (entre otras cuestiones) se le considera el país más inestable del Cáucaso central, y su voluntad de integrarse en Occidente ha supuesto uno de los mayores quebraderos de cabeza para Moscú. Aunque la fe ortodoxa es profesada por la mayoría del pueblo georgiano, Georgia es el país del Cáucaso que ha mantenido peores relaciones con la Federación Rusa (Gsell, 2011:201), y desde los inicios del siglo XX ha sido indiscutiblemente el país más pro-occidental de esta región.

Vistos (de modo superficial) los problemas étnicos y civilizacionales que son inherentes a la Federación rusa, cabría preguntarse qué estrategia debería emplear el país eslavo para dominar el inmenso territorio euroasiático.

El autor Alexander Dughin (2002) ofrece una respuesta interesante a tan ambiciosa pregunta. Dughin propone que la Federación Rusa debería apostar por la creación de un Estado multiétnico y multireligioso, a la par que debería establecer alianzas con Alemania, Irán y Japón (Dughin, 2002, citado en Marcu, 2007:21).

Las alianzas que propone Dughin no son, evidentemente, aleatorias, sino que pretenden que la Federación Rusa pueda tener sus frentes principales cubiertos, así como alianzas con distintas civilizaciones, es decir, la alianza con Alemania al oeste encajaría en un proyecto pan-europeo, mientras que la alianza con Irán sería la punta de vanguardia de una estrategia panárabe, y consecuentemente la alianza con Japón trataría de vertebrar un proyecto panasiático (Dughin, 2002, citado en Marcu, 2007:21).

El argumento de Dughin encaja en la dimensión del realismo ofensivo, debido a que Mearsheimer (2001) ya advirtió que el hecho de que los Estados busquen su supervivencia en primera instancia, no significa necesariamente que éstos no puedan cooperar; además, Huntington (1996) también subrayó que dichas alianzas no tienen por qué atender a razones culturales, sino a intereses, que para Mearsheimer estarían basados principalmente en la búsqueda de poder relativo por parte de las potencias.

Sin embargo, en relación al proyecto panasiático llama la atención que Dughin no mencione al gigante asiático, pero la razón de ello es que este autor considera a China como a un adversario y competidor por la región euroasiática, y de hecho llega a proponer diversas estrategias que tienen como fin debilitar a Pekín en el futuro (Dughin, 2002, citado en Marcu, 2007:21).

Podría pensarse que Dughin no estaba equivocado en sus pretensiones acerca de cómo Moscú debía relacionarse con Pekín, más aun cuando en la actualidad una de las mayores preocupaciones del Kremlin reside en la penetración de población civil china en las despobladas regiones de Siberia, las cuales albergan grandes cantidades de hidrocarburos, agua potable, y madera. El abandono de los jóvenes rusos de estos lares inhóspitos para marchar a las industrializadas ciudades del oeste ruso (Moscú y San Petersburgo principalmente) genera un vacío que está siendo llenado por trabajadores chinos que se contentan con los precarios salarios rusos, y para colmo (para Rusia) están acostumbrados a las duras condiciones climáticas características de Siberia (puesto que muchos proceden del norte de China, donde las temperaturas son similares).

Este supone un problema añadido a la asimetría en la distribución de población rusa en su territorio, la cual viene dada por las grandes diferencias económicas y sociales (también étnicas) existentes entre la “Rusia europea” y la “Rusia asiática”.

Como consecuencia, China podría tener en el futuro argumentos para reclamar ciertos territorios siberianos, a lo que cabe añadir el descontento chino en cuanto al tratado firmado con Rusia en 1860 (respecto a las fronteras de ambos países), y la también cada vez mayor influencia china en Kazakstán (Baqués, 2020:271), el cual es un país que probablemente sea determinante en cuanto a la estabilidad (o no) de la región del Cáucaso en los próximos años.

Volviendo a los planteamientos de Dughin (2002), Vladimir Putin y su políticas actuales parecen inspirarse en las teorías expansionistas de este autor, ya que un análisis rápido permite vislumbrar que las relaciones ruso-alemanas son más que correctas (aunque la dependencia económica y energética de ambos países respectivamente es el pilar de estas buenas relaciones); por otro lado el Kremlin ha ejercido una especie de rol “paterno” con Irán y ha tratado de protegerlo, al tiempo que trata de mantener buenas relaciones con el antiguo imperio del sol naciente (Marcu, 2007:22), con más o menos éxito.

No obstante, el drama civilizacional ruso sigue estando presente, y el país eslavo debería de intentar resolver en la medida de lo posible los problemas derivados de la multiétnicidad del país, los desajustes económicos internos en el vasto territorio ruso, y por ende, tal y como expresó Trenin (2001) dejar de: “(...) soñar a jugar un papel en Eurasia, puesto que dicho papel ya no existe (Trenin, 2001, citado en Marcu, 2007:23).

En resumen, el sueño de Putin de lograr una Rusia unida es, si más no, complicado. La población musulmana establecida en el Cáucaso (tanto en el territorio ruso como en sus proximidades) podría acabar provocando que la Federación rusa se convierta en un Estado escindido, y además, el desgaste de la sociedad rusa fruto de los conflictos eternos en la región amenazan a la unidad de un país en el que podrían confluír las características propias de un Estado desgarrado y un Estado escindido (Baqués, 2020:265).

Rusia ha tratado (con éxito desigual) promover procesos de integración políticos y económicos en el vasto espacio postsoviético (De la Cámara, 2010:38), pero ninguna de las organizaciones internacionales (regionales) creadas desde Moscú ha dado los frutos que Rusia deseaba (De la Cámara, 2010:10), hecho que podría deberse, entre otras cuestiones, a la heterogeneidad étnica (y religiosa) de estas organizaciones internacionales, el corte autoritario con el que Moscú es gobernado y el uso de los recursos energéticos como elemento de chantaje, y la indecisión de la clase política rusa sobre “mirar hacia Asia o hacia Europa”.

Por tanto, la “esquizofrenia identitaria rusa”, la cual la transforma inevitablemente en un país desgarrado, sumado a la multiétnicidad del territorio ruso en el cual en algunas regiones, como en el Cáucaso, las etnias no eslavas son mayoría (característica de un país con riesgo potencial de escindirse), y consecuentemente la poca utilidad de las organizaciones internacionales (multicivilizacionales) confeccionadas desde Moscú⁶⁸ (De la Cámara, 2010:9-10), sitúan a la Federación Rusa en un escenario en el que no hay demasiado espacio para discutir con los Estados musulmanes, en este caso del Cáucaso, y en concreto Turquía y Azerbaiyán, más aun cuando tal y como se expondrá más adelante los intereses energéticos y por tanto económicos entre estos países no dejan demasiado margen de maniobra para el Kremlin.

Es menester advertir, además, que el drama civilizacional ruso no se reduce a las regiones de Asia central, el Cáucaso, y el propio territorio ruso, sino que el caso de otras exrepúblicas soviéticas como Ucrania o Moldavia, las cuales abrazaron los valores occidentales con la desintegración de la URSS proponiendo la estructuración de sus países en base a la democracia liberal, suponen un problema añadido para Rusia (Marcu, 2007:6).

En este sentido, el caso ucraniano representa de lejos la mayor preocupación rusa, por razones obvias (la mayoría de gasoductos que abastecen Europa de gas ruso transcurren por este territorio, a lo que debe sumarse la necesidad de Moscú de tener salida al Mar negro, y en consecuencia al Mar Mediterráneo). Tal y como expresa Sánchez (1995), el problema geopolítico de Ucrania consiste en que:” (...) el 20% de su población es de origen ruso y vive en la parte oriental del país, población que frenaría cualquier intento de desconexión excesiva con Rusia” (p.210-211). Por tanto, los “coqueteos” de Ucrania con Occidente y la importancia de dicho país para el Kremlin obligan a Rusia a implicarse en primera línea, y por tanto ejercer menos influencia en otros frentes (como el Cáucaso).⁶⁹

⁶⁸ Ejemplo de ello es que ninguna exrepública soviética prestó ayuda militar o política a Rusia en el conflicto georgiano-osetio (2008) ni reconoció la independencia de los territorios de Osetia del Sur y Abjasia (De la Cámara, 2010:14).

⁶⁹ Desde un punto de vista estrictamente militar, atar en corto a Ucrania es vital para Moscú, puesto que (entre otras cuestiones) históricamente las invasiones a Rusia han atravesado las llanuras que conectan Europa central con Rusia, en las que no existe ningún tipo de barrera orográfica hasta la llegada a los lejanos Urales, a diferencia de lo que ocurre con la cordillera del Cáucaso, la cual representa una barrera defensiva natural.

Los estados bálticos suponen otro “frente abierto” para Rusia, puesto que desde 1940 éstos han mantenido un fuerte sentimiento anti ruso, y étnicamente estos estados presentan grandes diferencias étnicas y religiosas, así como una escasa presencia de rusos, aunque al igual que muchas de las antiguas exrepúblicas soviéticas, éstos son energéticamente dependientes del coloso eslavo (Sánchez, 1995: 211-212).

4.4 Turquía e Irán en clave civilizacional

El resto de potencias regionales del Cáucaso no están exentas de dificultades derivadas de la heterogeneidad étnica. Comenzando por Turquía, ésta no está en condiciones de ofrecer apoyo o pronunciarse a favor de movimientos secesionistas (como por ejemplo los de Chechenia) debido a que padece la misma “enfermedad” en su territorio, de la mano de los kurdos (Ibarra, 2011:33), mientras que trata de solucionar el estatus de “estado desgarrado” que fue promovido por Kemal Atatürk en el inicio del siglo XX, mediante la reislamización y la proyección de una “Gran Turquía” amparada bajo los valores y tradiciones del islam.

Lo comentado puede plasmarse en la frase que acuñó Heydar Aliyev (expresidente azerí) el cual pronunció la frase:” una Nación, dos Estados” para referirse a las relaciones entre Turquía y Azerbaiyán, alegando los fuertes lazos culturales, lingüísticos y religiosos entre ambos países (Torres, 2012:35).

Turquía ha tratado de implementar una estrategia basada en el refuerzo de los vínculos en la región caucásica apoyándose en el ámbito lingüístico y cultural, y por ello ha priorizado sus relaciones con el que es el Estado más próximo culturalmente, es decir, Azerbaiyán (Gsell, 2011:201). La potenciación de la ideología turcofila y la promoción de la tesis de creación del “Gran Azerbaiyán” apoyada por la clase política azerí no gustan demasiado en Teherán, menos aun cuando el país persa tiene una comunidad azerí relevante en su territorio, la cual representa el 25% de su población (Gsell, 2011:205).

Por otra parte, Azerbaiyán ha tratado de alimentar su identidad nacional en base a su lengua y a su etnicidad (y en menor medida en la religión). Desde la perspectiva de Huntington, el hecho de que el país sea musulmán fue una de las razones por las que combatientes procedentes de Chechenia, Afganistán y otras partes del mundo musulmán acudieran en ayuda de dicho país ante el ataque de los “salvajes” armenios (Ibarra, 2011:18).

La etnia azerí se encuentra, además, dispersa entre Turquía, Rusia, y especialmente Irán (Ibarra, 2011:18), donde habitan cerca de 25 millones de azeríes que representan en conjunto un tercio de la población iraní (Ibarra, 2011:45), que además está localizada en las fronteras irano-azeríes y viven en condiciones sociales menos favorables, hecho que se traduce en un grave problema de seguridad (integridad territorial) para Teherán (Ibarra, 2011:37-38). Por tanto, según Ibarra (2011): “(...) el que los azeríes sean su grupo étnico minoritario más grande (...) lo ha llevado a mirar con recelo el conflicto por Nagorno-Karabaj y a considerar a Azerbaiyán como un potencial factor de inestabilidad” (p.30).

La dispersión de población iraní y azerí se entiende sobre todo a raíz de los constantes movimientos migratorios que sucedieron a lo largo del siglo XIX en los que cada comunidad buscó refugio en uno u otro país cuando “había problemas” (Torres, 2012:11), y además, a partir de la década de 1980 cerca de 100.000 azeríes procedentes de Irán se desplazaban a Azerbaiyán todos los años para trabajar como mano de obra en los campos de crudo azeríes (Torres, 2012:14).

No es de extrañar, por ello, que Khomeini eliminara la prohibición del uso del idioma azerí en 1979, ya que éste era consciente de que no era recomendable fomentar las divisiones étnicas, y por tanto puso el foco en la creación de una “comunidad musulmana” unitaria (Torres, 2012:31).

No obstante, se puede afirmar que Irán ha mantenido una posición más o menos neutral respecto al conflicto de Nagorno Karabaj, aunque desde la lógica del choque de civilizaciones Irán se ha mostrado tradicionalmente más propensa a inclinarse a favor de la cristiana y anti-turca Armenia (Torres, 2012:38), hecho que nos recuerda que las alianzas y/o apoyos entre distintos países no siempre obedecen a cuestiones civilizacionales, sino también a los intereses actuales de cada potencia. Esto ya fue advertido por Huntington (1996) cuando éste expresó que:“(…)Estados y grupos de dos civilizaciones diferentes pueden establecer conexiones y coaliciones limitadas, ad hoc, tácticas, para promover sus intereses (...)” (p.247).

De un modo parecido al de Turquía, Irán ha tratado de aproximarse a la región caucásica haciendo valer su historia (nostalgia del Imperio persa) así como la religión, con el objetivo de evitar que los turcos sean los únicos interlocutores en los países de mayoría musulmana, sin embargo, la voluntad de Teherán de exportar su discurso islámico a las tierras azeríes, especialmente, no ha tenido los resultados esperados, en parte debido a los “restos” de la laicización de la etapa soviética en la región (Gsell, 2011:202).

Por tanto, Irán se ha erigido como un contrapeso en la región para “combatir” las tendencias panturquistas expresadas con entusiasmo desde Ankara, y apoyar discretamente a una Armenia sometida, en palabras de Gsell (2011) a:” (...) la política de las tenazas que Turquía y Azerbaiyán ejercen sobre Ereván” (p.206).

Con lo expuesto hasta ahora, puede concluirse que los conflictos de índole etno-nacionalista representan un problema para las tres grandes potencias del Cáucaso, especialmente para Rusia, y por tanto éste supone probablemente uno de los riesgos más graves que pueden hacer peligrar la integridad territorial de Irán, Turquía y/o Rusia (Ibarra, 2011:44), por tanto no es casualidad que “los tres grandes” apoyen sin tapujos que la solución al conflicto karabají debe basarse en el principio de integridad territorial.

Los conflictos en las líneas de fractura de las fronteras islámico-ortodoxas son uno de los motivos por los que Moscú se ve inmerso en un desgaste constante, y el problema identitario ruso, junto con los desequilibrios económicos, sociales y territoriales del gigante euroasiático, suponen, sin embargo, sólo una de las causas que explican por qué la Federación Rusa no está capacitada para actuar con mayor contundencia en todos los contenciosos que tiene abiertos, en este caso, el conflicto armenio-azerí en Nagorno-Karabaj.

4.5 La seguridad energética como herramienta de poder

Cualquier análisis destinado a comprender cuales son las circunstancias particulares que son intrínsecas a la región caucásica (y por tanto la diferencian de otras regiones), y en este caso concreto aquellas relacionadas con la disputa por Nagorno-Karabaj, debe, necesariamente prestar especial atención a los intereses energéticos que confluyen en el Cáucaso, puesto que éstos son determinantes para entender las estrategias y relaciones que se dan entre las potencias regionales en esta región, especialmente de Rusia, la cual utiliza los recursos energéticos como un elemento de coerción en el ámbito internacional.

No obstante, no cabe duda de que la importancia que poseen los recursos energéticos como condicionantes en las relaciones internacionales y la politización de los mismos no resultan ninguna novedad en la escena internacional, ya que éstos han construido (o destruido) los vínculos entre Estados durante cerca de 200 años, por tanto, la estrategia rusa para el siglo XXI no debería sorprender a nadie (Salazar, 2016:6)⁷⁰.

⁷⁰ Salazar, J. (2016). *Un zar que no juega al azar: La política exterior y de seguridad energética de Vladimir Putin en el Cáucaso*. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de ciencias políticas y relaciones internacionales. Bogotá D.C.

Consecuentemente, desde el prisma del realismo ofensivo el interés de las potencias regionales del Cáucaso residiría en este caso, mayormente, en el control de las zonas de extracción, transporte y suministro de hidrocarburos, hecho que redundaría en un mayor poder económico de aquellas que consigan una mayor influencia en la región, y por ende una mayor seguridad en la supervivencia de las mismas.

La lucha por el control de las reservas de hidrocarburos, su producción, el transporte (mediante oleoductos y gasoductos) y su comercialización representan para el Cáucaso, según Gsell (2011): “el meollo de las relaciones en el área y de las rivalidades de las potencias regionales y mundiales con intereses en los hidrocarburos” (p.194).

Alexander Dughin ya advirtió que Rusia pretende configurar su nuevo “imperio” a través de sus recursos energéticos (y también mediante otras políticas de seguridad, culturales, reformas, alianzas...), y por tanto el petróleo y el gas se presentan, al menos de momento, como argumentos más eficaces que los puramente militares (Marcu, 2007:25-26), más aun en una Rusia que adolece de graves deficiencias económicas en sus fuerzas armadas (falta de modernización), hecho que redundaría en una menor capacidad de proyectar su poder más allá de sus fronteras.

A este respecto, Mearsheimer (2001) manifestó que son precisamente los cambios en la “jerarquía de la riqueza” de Rusia los que explican en buena parte los altibajos del poder militar ruso en los últimos 200 años (Mearsheimer, 2001:60), a lo que añadió la importancia de valorar en cada momento cuanta de esa riqueza puede destinarse efectivamente al gasto en defensa⁷¹ (Mearsheimer, 2001:62), y por ende al rol crucial que juega la economía en la determinación del poder (Mearsheimer, 2001:68).

En la actualidad, el papel de potencia energética que desempeña la Federación Rusa como principal suministrador de gas en la Unión Europea (Marcu, 2007:13; De la Cámara 2010:4) y como primer exportador mundial de hidrocarburos, los cuales generan más del 20% de su PIB y el 40% de sus ingresos por exportaciones, se traduce en dos conclusiones básicas, la primera es la enorme dependencia rusa del sector energético y de las oscilaciones de precios en el mercado (De la Cámara: 2010:17), y la segunda, el uso de los hidrocarburos para atar en corto a los países del “extranjero próximo” ruso (Peña-Ramos, 2018:228-229).

⁷¹ Sin embargo, Mearsheimer también puntualiza que el hecho de que un Estado tenga poder económico no implica necesariamente que éste deba traducirse en un indicador del poder militar (Mearsheimer, 2001:75).

La instrumentalización de la energía por parte de Rusia ha conseguido alterar el equilibrio de poder en los países de la esfera rusa fruto de la dependencia energética de las antiguas exrepúblicas soviéticas y el control ruso de gran parte de los ductos que conectan Europa oriental con Europa occidental, sin embargo, Peña-Ramos (2018) añade que:” es justo en el Cáucaso sur donde esta estrategia rusa puede verse más amenazada” (p.229).

Por ello, para lograr descifrar la estrategia en materia de política exterior dirigida desde Moscú en el Cáucaso, resulta imprescindible estudiar cuales son las estrategias de seguridad energética del Kremlin y el protagonismo de la región caucásica en dicha materia (Salazar, 2016:6).

El Cáucaso se presenta como una ventana de oportunidad para Rusia, puesto que el país eslavo pretende ampliar la producción de recursos energéticos, aumentar las exportaciones y reducir la demanda doméstica, perspectiva desde la que el Cáucaso se convierte en una región vital para los intereses rusos debido a las grandes reservas de hidrocarburos que yacen en el Mar Caspio, así como la importancia de dicha región en cuanto al suministro y transporte de los mismos a Europa, Asia central, y Rusia (Salazar, 2016:7).

Por supuesto, la Federación Rusa no es la única que tiene el deseo de beneficiarse de los hidrocarburos caucásicos, sino que Turquía e Irán suponen para Rusia dos competidores un tanto incómodos en la competición energética que caracteriza el Cáucaso (Turquía más que Irán).

La puesta en funcionamiento en el año 2006 del oleoducto BTC (Bakú-Tbilisi-Ceyhan), el cual era el primer ducto caucásico que evitaba el paso por territorio ruso, y conectaba con el Mediterráneo a través del paso por Azerbaiyán, Georgia y Turquía, no fue plato de buen gusto en Moscú, y el nuevo oleoducto creaba de este modo una nueva zona geopolítica en la que Rusia veía peligrar sus intereses, mientras desde Washington y Jerusalén se frotaban las manos (Van del Linde, Perlot, y Hoogeveen, 2006, citado en Marcu, 2007:12).

Desde entonces, Rusia ha tratado de mantener su influencia energética en la región (o por lo menos no perder más “cuota de poder” en la misma), y controlar los recursos energéticos del Mar Caspio y de Asia central, pero proyectos como el BTC suponen graves amenazas para la frágil economía rusa (De la Cámara, 2010:41).

Como “presumible” respuesta a la construcción del oleoducto BTC, y en un contexto en el que diversas exrepúblicas soviéticas próximas a la frontera rusa no escondían su voluntad de abrazar la causa occidental, Rusia decidió mandar un mensaje a dichos países, con los cuales mantiene una relación de co-dependencia energética, mediante un aumento considerable en los precios del gas, afectando de este modo a Ucrania, y muy especialmente al “enfermo del Cáucaso”, es decir, Georgia, a la que el Kremlin le aumentó el precio del gas algo más del doble (Marcu, 2007:37-39).

Del mismo modo, cuando Azerbaiyán decidió abandonar la Comunidad de Estados Independientes (CEI), Moscú aumento las tasas de importación en un 65% (Torres, 2012:36), y la presión rusa ejercida frente al país turcomano en el año 2013 fue la razón de que éste descartara transportar parte de su gas a través del proyecto europeo “Nabucco”, para decantarse por el Trans Adriatic Pipeline (TAP), principalmente porque el gas transportado por el TAP no es suministrado a países con una dependencia elevada del gas ruso (Peña-Ramos, 2018:235).

Por otra parte, Rusia ha jugado con la dependencia que tiene Armenia en todos los ámbitos respecto a Moscú, y en cierto modo con el miedo de ésta a que el Kremlin no le brinde protección.

Ejemplo de ello es lo sucedido en 2013, cuando Vladimir Putin firmó importantes acuerdos comerciales con Bakú, situación ante la que Armenia, temerosa de que Rusia suministrara (todavía más) armamento a sus vecinos azeríes, no tardó en anunciar su incorporación a la Unión Aduanera de Rusia-Bielorrusia-Kazakstán, renunciando a la firma que se preveía inminente en el Acuerdo de Asociación de la Unión Europea (Peña-Ramos, 2018:233). Ante tales hechos, y como si tratara de la misma relación que puede tener una persona con su animal doméstico, Rusia mostró su satisfacción ante “el buen comportamiento” armenio reduciéndole el precio del armamento, del gas, y de los derivados del petróleo (Peña-Ramos, 2018:233-234).

Sin embargo, no es menos cierto que Rusia ha ido aumentando paulatinamente los precios del gas exportado, y Armenia se ha visto en la obligación de vender sus empresas más importantes a Moscú (Ibarra, 2011:18), y por si fuera poco, la débil industria que existe en Armenia, la cual proporciona la mayoría de sus exportaciones, es alimentada por la energía rusa (Sánchez, 1995:218).

La utilización de los hidrocarburos como herramienta que vertebra la política exterior rusa mediante el aumento de los precios del gas, la interrupción del suministro, o simplemente como medio para negociar con otros Estados, ha dado buenos resultados a Moscú (por ahora), y el Cáucaso ha sido un ejemplo de esa “diplomacia rusa” (Gsell, 2011:199).

No obstante, debe analizarse también “la otra cara” de la moneda, es decir, los problemas que son intrínsecos a la Federación rusa y que nacen precisamente de la dependencia de la única baza que tiene Moscú para posicionarse como un actor relevante en la escena internacional, y por supuesto en el Cáucaso.

El dilema energético ruso es el siguiente: si el Kremlin pretende mantener su posición de superpotencia energética, Rusia necesitará indiscutiblemente de inversión extranjera que tenga como destino la industria dedicada a la extracción, prospección e investigación en el ámbito energético, a la par que las infraestructuras rusas (principalmente las dedicadas al transporte y suministro de recursos energéticos) también necesitarán de importantes inyecciones de capital que, en conjunto, permitan explotar y beneficiarse de los recursos existentes y de aquellos que están localizados en zonas de difícil acceso (O’Loughlin y Talbot 2005, citado en Marcu, 2007:26).

El párrafo anterior refleja que Rusia no es, todavía, un Estado que pueda considerarse plenamente industrializado (mucho menos de forma homogénea en su territorio), puesto que éstos generalmente pueden permitirse gastos elevados en defensa, hecho que no pueden permitirse los Estados semi-industrializados (Mearsheimer, 2001:63), por tanto, Rusia es según Mearsheimer (2001):” (...) un ejemplo de Estado en el que su posición en el equilibrio de poder ha sido claramente afectado por las “fortunas”⁷² de su economía” (p.69).

Ante este escenario, que no es nuevo para Moscú, el expresidente ruso Medvedev, consciente de esta necesidad y de lo imprescindible que resulta modernizar la industria y las infraestructuras rusas, decidió llevar a cabo una estrategia de acercamiento a Occidente, en busca del capital tan codiciado por Rusia (De la Cámara, 2010:2), más aun cuando la crisis económica de 2008 sacó a la palestra la fragilidad de la economía rusa y sus limitaciones (De la Cámara, 2010:4).

⁷² El entrecomillado es del autor de este trabajo de investigación.

Además, Medvedev se atrevió a reconocer que la cooperación con Occidente era indispensable para conseguir la modernización de la industria rusa, e incluso manifestó que el modelo de valores occidental era el más adecuado para su país (De la Cámara, 2010:40), palabras que no debieron gustar demasiado a Vladimir Putin, el cual antepuso la creación de la Unión Aduanera entre Bielorrusia y Kazakstán al ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC) que trataba de lograr Medvedev (De la Cámara, 2010:5), manteniendo de este modo las relaciones entre Occidente y Rusia en tensión, al considerar (Vladimir Putin) que Occidente se había aprovechado de la debilidad temporal de la Federación rusa para expandir sus fronteras (De la Cámara, 2010:23).

La voluntad de Medvedev de acercarse a Occidente le llevó, incluso, a estar dispuesto a sacrificar los intereses económicos rusos en Irán (suministro de armamento y construcción de centrales nucleares), llegando a apoyar las sanciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a Irán, para después expresar su malestar por la modificación unilateral de estas sanciones por parte de Estados Unidos y la Unión Europea (De la Cámara, 2010:32-33).

Por otra parte, las dificultades intrínsecas a la necesidad de modernización de las infraestructuras rusas no son el único motivo que repercute negativamente en la esencia de la política exterior rusa, y a la postre, en su capacidad de desarrollar unas u otras estrategias (en el Cáucaso), sino que las tensiones en materia energética con sus “vecinos” del Cáucaso suponen una problemática añadida al coloso eslavo.

Turquía ha sido un actor que ha tratado de desarrollar una estrategia basada en la potenciación del comercio, las inversiones, y la energía, teniendo como gran apuesta que la salida de los recursos energéticos del Cáucaso transcurran por territorio turco (Gsell, 2011:201). Por ello, Turquía anhela acercarse a Azerbaiyán, con el que mantiene fuertes vínculos culturales ya comentados en este trabajo, y con el que coopera en materia económico-energética a través del oleoducto BTC y del gasoducto BTE (Bakú-Tiblisi-Erzurum), posicionándose de este modo como el aliado energético ideal para Azerbaiyán (Torres, 2012:35).

Además, Turquía carece por completo de recursos energéticos, y por ello depende cada vez más de los recursos de su “hermano” azerí (González, 2014:11). Por otra parte, la dependencia gasística de Turquía respecto al suministro de gas ruso es demasiado elevada (aproximadamente el 70% de las importaciones llegan a través de gasoductos rusos), y esta es precisamente una de las razones por las que Ankara trata de fortalecer vínculos con Bakú y posicionarse como una potencia en la región con mayor influencia (Salazar, 2016:8).

Turquía intenta por todos los medios desprenderse del yugo energético ruso, y para ello no sólo se acerca a Azerbaiyán, sino que al mismo tiempo pretende disminuir la dependencia energética rusa a través de los proyectos TANAP (Trans Anatolian Pipeline) y TAP (Trans Adriatic Pipeline), con los que dejaría a Moscú “fuera de juego” energéticamente hablando, ya que la importación de gas ruso dejaría de ser una obligación para pasar a ser una opción (Botta, 2020:10).

El Kremlin debería estar preocupado, puesto que a lo comentado hasta ahora debe añadirse que Turquía y Turkmenistán podrían unirse pronto gracias al gasoducto BTE a través del gasoducto submarino TCGP (Trans-Caspian Gas Pipeline), el cual es para Occidente, además, parte del denominado “Fourth Corridor” el cual tiene como finalidad disminuir la dependencia de los gasoductos rusos mediante la importación de gas azerí, turkmeno y kazajo, mediante gasoductos que evidentemente no transcurren por territorio ruso (Peña-Ramos, 2018:230).

No cabe duda, por tanto, de que Turquía está tratando de potenciar su estatus como potencia regional en el Cáucaso, estrategia que intenta desarrollar al tiempo que busca lograr un cambio de régimen en Siria, sin perder de vista los movimientos de Rusia e Irán en la región caucásica (Torres, 2012:38). Sin embargo, es precisamente en Siria (aunque también en Libia) donde Ankara y Moscú tienen contenciosos abiertos y sus intereses en dichos países son antagónicos, aunque según opina Torres (2020):” la estrategia turca debería tener un límite, ya que si se excede en sus pretensiones podría colapsar el delicado sistema de equilibrios entre Moscú y Ankara” (p.13).

No obstante, la realidad es que el control turco de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos suponen una baza que Rusia no puede permitirse perder, puesto que sin el beneplácito turco la flota naval (y comercial) rusa no podría conectar el Mar Negro con el Mare Nostrum, pero por otra parte, la posición turca es también delicada, puesto que su “renacimiento islámico” y rechazo a Occidente (parcial en algunos casos) puede alejarlo de sus socios en la OTAN, y por ende, ser más vulnerable ante Rusia (Torres, 2020:18).

Aun así, Turquía está desarrollando una política exterior más activa en la región caucásica (y en otras regiones), y con la multitud de frentes abiertos que tiene Moscú a nivel internacional, no es extraño pensar que el Kremlin no tiene ninguna intención de añadir una nueva dimensión de conflicto a las ya de por sí complicadas relaciones ruso-turcas (Botta, 2020:13).

La timidez con la que el Kremlin ha actuado en el reciente conflicto de Nagorno-Karabaj (en comparación a la firmeza turca) podría delatar, de nuevo, las dolencias que padece Moscú, en tanto que aquellas potencias que compitan con oponentes más poderosos estarán menos predispuestas a realizar acciones ofensivas, y por ende se concentrarán en defender el equilibrio de poder existente frente a las amenazas de sus rivales (Mearsheimer, 2001:37).

Por ello, Turquía (desde la dimensión realista ofensiva) toma nota de cuáles son las vicisitudes a las que se enfrenta Moscú, y ve la oportunidad de maximizar su cuota de poder (relativo) en el Cáucaso.

Además, la pretensión de Rusia y Turquía de influir en Estados que contienen a población turcomana, como la (por ahora) rusificada Kazajistán, en la que la población eslava aún sigue teniendo un papel relevante (sobre todo al norte del país) representa un eje de conflicto más a las relaciones ruso-turcas, por no hablar del caso de la región rusa de Chechenia, en la que la presencia de turcomanos es importante (Baqués, 2020:269).

Por esta razón, la relación entre Moscú y Ankara podría resumirse, tal y como expresa Alberó (2020) en: "(...)un nuevo juego de poder (...) que se disputan a la vez que se reparten el papel de potencia regional en Oriente Medio, el Mediterráneo y el Cáucaso" (p.3). Este autor añade que aunque la dinámica de "conflictos" entre rusos y turcos siempre es la misma, así como la agresividad del uno frente al otro, estos conflictos nunca llegan a alcanzar un punto de ruptura, puesto que al final ambas potencias son conscientes de quienes son sus verdaderos adversarios (Estados Unidos y Europa), y las discrepancias que existen entre ellos son sopesadas por los intereses económicos y geopolíticos compartidos (Alberó, 2020:3), por tanto tal y como expresó Mearsheimer, los Estados son al fin y al cabo, actores racionales, mientras que en clave civilizacional, ambos Estados muestran su rechazo a Occidente.

Ahora bien, Alberó (2020) puntualiza que el hecho que debería preocupar más a la sociedad internacional es que: " (...) tanto Turquía como Rusia están recuperando la vieja tendencia a solucionar contenciosos por la fuerza de las armas" (p.3), estrategia que debería de preocupar más todavía con la indiferencia mostrada por Occidente (Alberó, 2020:3).

El problema añadido en este caso es que, según la lógica del realismo ofensivo, aun cuando una gran potencia no tenga los medios de conseguir la hegemonía regional (hecho que, matiza, Mearsheimer, es usual) ésta actuara de todos modos de una manera ofensiva para conseguir todo el poder que pueda (Mearsheimer, 2001:35), y Rusia es una potencia que, según Baqués (2020): " (...) siempre ha tenido más carácter que inteligencia emocional" (p.271).

No obstante, Moscú, debido a su escasez de poder potencial, tan solo puede desarrollar políticas que tengan como fin no perder todavía más influencia en la región, y en consecuencia asegurarse de que sus competidores en el Cáucaso no adquieran más ventaja.

Desde la dimensión del poder potencial, Rusia, apunta Baqués (2020):" (...) puede ser vista como un gigante con los pies de barro" (p.263) debido a la precariedad de su economía y, como se ha mencionado anteriormente, a la necesidad imperiosa de renovar y modernizar sus infraestructuras, y por supuesto, sus fuerzas armadas (Baqués, 2020:263).

En cuanto a Irán, se presenta ante Rusia como un problema añadido en la región en el ámbito energético, aunque con algunas particularidades que favorecen a Moscú a diferencia de lo que ocurre con Ankara.

Con la construcción del gasoducto BTE, la colaboración entre Moscú y Teherán se retomó con fuerza después de algunos años de enfriamiento de las relaciones, debido a que éste suponía para ambos países una amenaza para sus intereses energéticos (Andrés, 2005:3). Irán y Rusia se vieron beneficiados por una colaboración basada en las prospecciones conjuntas en las zonas iraníes del Mar Caspio, las cuales eran beneficiosas para los intereses de las empresas rusas y sus relaciones con Irán, al tiempo que los proyectos (principalmente de Gazprom) desarrollados en Irán ayudan a compensar las sanciones impuestas desde Washington a Teherán (Andrés, 2005:3)⁷³.

Otro de los aspectos comunes que une a Moscú con Teherán es el recelo con el que observan la estrecha cooperación de Azerbaiyán con Estados Unidos en el ámbito energético, especialmente por parte de Rusia, a la que no le agrada la presencia de compañías norteamericanas en el Mar Caspio (Torres, 2012:36-37).

Además, el temor que generaron las primaveras árabes y la posible afectación de éstos en sendos países fue otro elemento que fortalecía la relación ruso-iraní, así como los intereses de ambos Estados en evitar que Siria sea atraída hacia la esfera occidental (Baqués, 2020:266).

⁷³ Andrés, A. (2005). *Relaciones político-económicas entre Rusia e Irán*. Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos.

En definitiva, Irán ha reconocido que la Federación rusa debe llevar “la voz cantante” en el Cáucaso, así como su responsabilidad de gestionar los conflictos que se dan en esta región, teniendo como pilares de esta “amistad” el rechazo a la presencia de Estados Unidos en este territorio, el cual ya posee bases militares en Georgia (Gsell, 2011:206), y por tanto, tal y como ocurre con Turquía, ambos países comparten su rechazo a Occidente.

No obstante, Irán y Rusia también tienen, por supuesto, diversos puntos de desencuentro en la región. Irán pretende erigirse como uno de los mayores países por los que circule el trasiego de hidrocarburos desde Oriente Medio y Asia Central, a lo que cabe añadir que Kazajstán tiene la intención de aumentar el transporte de petróleo a Irán. Por tanto, las aspiraciones iraníes chocan abiertamente con la estrategia rusa de seguir manteniendo su influencia como “checkpoint” en cuanto al suministro de hidrocarburos procedentes tanto del Cáucaso como de Asia Central (Andrés, 2005:5).

Además, Moscú y Teherán compiten por abastecer de gas a Turquía, batalla que de momento el Kremlin gana con diferencia, pero desde el país de los ayatolas no parecen dar muestras de desistimiento en la voluntad de introducirse en el mercado turco (Andrés, 2005:5).

Al fin y al cabo, Irán formalizó una especie de “matrimonio de conveniencia” con Rusia tras la revolución islámica iraní fundamentada mayormente en la postura anti-americana de ambos países, no obstante, los beneficios compartidos derivados de la colaboración de empresas rusas tanto en el programa nuclear iraní como en el programa armamentístico podrían tambalearse progresivamente con un régimen en Teherán que, al igual que las repúblicas centroasiáticas, cada vez mira más hacia el este, e intenta sufragar la dependencia rusa mediante la apertura a China (Torres, 2020:12).

En definitiva, Irán es una más de las partes interesadas en el equilibrio de poderes en el Cáucaso, y todo y las discrepancias que pueden tener Moscú y Teherán lo cierto es que a priori Irán se presenta como el gran aliado de Rusia en la región (sin contar al “proxy” armenio), y los intereses iraníes por el proyecto energético INSTC (International North-South Transport Corridor) son un elemento de peso para seguir manteniendo buenos lazos con Moscú, debido a que este corredor energético enlazaría a Rusia con Irán e India (Torres, 2020:12).

Resulta interesante que a Irán le conviene que Rusia juegue a dos bandos en Nagorno-Karabaj, y que el conflicto siga abierto, ya que si Rusia decidiera apostar contundentemente bien por Armenia o bien por Azerbaiyán, el resultado para Teherán sería la desconexión del corredor que enlaza con Rusia, y para colmo el Estado que saliese de la órbita del Kremlin entraría en la de la OTAN, representando de este modo una amenaza para el país chiita (Torres, 2020:12).

En todo caso, sin lugar a dudas, las relaciones entre Irán y Armenia han sido generalmente más que correctas, debido a que en palabras de Ibarra (2011): "Irán se convirtió en un vecino amistoso (...) sin el intercambio comercial con Irán, Armenia no hubiera podido sobrevivir los años de 1991-1992 y 1992-1993" (p.17). Por tanto, Irán supuso en materia económica una bocanada de aire fresco para el país ortodoxo, permitiéndole una salida hacia el sur y ofreciéndole oportunidades comerciales (Torres, 2012:38), y además Teherán promovió la construcción de un gasoducto que conecta con Armenia, el cual terminó de construirse en 2005, con el objetivo de promover rutas que transcurran por Armenia y Georgia, para finalmente atravesar el Mar negro y llegar a Europa, especialmente Ucrania (Ibarra, 2011:17-18).

Paralelamente, pese a las discrepancias entre Turquía e Irán, la realidad es que Azerbaiyán es el único Estado musulmán del Cáucaso central, hecho que en la lógica del "choque de civilizaciones" de Huntington (1996), supone una ventaja para Ankara y Teherán, a diferencia de lo que ocurre en Rusia, donde todavía tiene problemas internos no resueltos en sus regiones musulmanas (Ibarra, 2011:42).

Aun así, las relaciones ruso-azeríes no son del todo malas, y éstas se han construido, como era de esperar, alrededor de los intereses en el mercado de los hidrocarburos. De hecho, Rusia es una de las principales fuentes de importaciones de Azerbaiyán (15% del total de las importaciones), y ambos países operan el oleoducto Bakú-Novorossiysk, el cual transporta anualmente cerca de dos mil toneladas métricas de petróleo hacia Rusia, y además desde el año 2010 Azerbaiyán exporta gas a Rusia (Torres, 2012:36). El papel protagonista en materia energética que ejerce Azerbaiyán en la región caucásica se ha traducido en el posicionamiento claro de Moscú respecto al conflicto de Nagorno-Karabaj, el cual es conocedor de la importancia del país azerí en relación a los corredores energéticos caucásicos y a las reservas de hidrocarburos del mismo (Peña-Ramos, 2018:233-234).

Por otra parte, Azerbaiyán ha jugado bien sus cartas en tanto que ha sabido balancear y atender a los intereses de diversos Estados para construir oleoductos y gasoductos que nacen en su territorio y terminan en destinos diversos, ya sea Turquía, Rusia, o la Unión Europea (Ibarra, 2011:35) y de hecho ha tratado (y ciertamente conseguido) que el transporte de hidrocarburos azeríes (y de Asia central) ayuden a que la Comunidad Internacional se muestre (dentro de su indiferencia por Nagorno-Karabaj) más favorable al pueblo azerí (Ibarra, 2011:42).

Azerbaiyán se ha esforzado en mostrar al exterior una imagen caracterizada por la modernidad y la apertura social, con fines puramente oportunistas y de conveniencia, puesto que el país azerí quiere, según Sánchez (2014): “(...) caer simpático a los moralizantes occidentales y no poner en peligro la afluencia de petrodólares que tanta prosperidad está dando al país” (p.15).

Lo comentado no excluye que tanto Rusia como Irán observan con preocupación la apertura de Azerbaiyán a Occidente, y también las buenas relaciones que mantiene con Israel, debido a que el país turcomano busca la inversión y cooperación tecnológica con dicho país (Torres, 2012:38), con el cual mantiene buenas relaciones también en el ámbito armamentístico, fruto del intercambio de crudo por armamento, así como de la relevante comunidad judía azerí (Torres, 2020:11). En cuanto a Occidente, a medida que la explotación de hidrocarburos se adentra en el Mar Caspio, Azerbaiyán confía en las técnicas occidentales para poder extraer el crudo de las zonas más profundas de este mar (Sánchez, 1995:219), y para ello no ha dudado en buscar el apoyo de Estados Unidos, entre otros (Ibarra, 2011:14).

En definitiva, mientras Azerbaiyán se apoya en su papel de potencia energética, Armenia deberá, según Botta (2020):” reorientar sus expectativas para enfrentar la realidad de la falta de apoyo” (p.14), más aun ante el enfriamiento de las relaciones entre Vladimir Putin y su homólogo armenio, Pashinián, el cual ha tratado de no tensionar demasiado las relaciones con Moscú, pero sus coqueteos con Occidente no han gustado demasiado en el Kremlin (Albero, 2020:3).

De todos modos, Mearsheimer ya expuso que uno de los pilares fundamentales por la que los Estados persiguen poder es la mera supervivencia de los mismos (razón que impera sobre cualquier otra), y por tanto, no debería resultar indiferente para nadie que Armenia busque apoyos “fuera de casa”, si considera que su supervivencia (integridad territorial y autonomía política) corren grave peligro, más todavía cuando ninguna autoridad supranacional acudirá en su ayuda (en esencia, Naciones Unidas, aunque también podría incluirse la OTSC), y menos cuando el país es el “marginado” energético del Cáucaso, tanto por la lotería geográfica como por el aislamiento a la que ha sido sometida.

Por otro lado, la cooperación y el entendimiento entre Estados que actúan en base a las ganancias relativas (tal y como ocurre en el Cáucaso) es más difícil de alcanzar que no en aquellos casos que los Estados que negocian en función de las ganancias absolutas (Mearsheimer, 2001:52) puesto que resulta más complicado que las condiciones que imponen los Estados en las negociaciones sean compatibles, siquiera parcialmente, y por tanto la conjunción de intereses resulta difícil de alcanzar.

En base a todo lo comentado hasta ahora, se abordará en el siguiente capítulo cuales son las conclusiones a las que se ha llegado a partir del presente trabajo de investigación, en función de los autores trabajados y la perspectiva conjunta que ofrecen las aportaciones de algunos de ellos.

5. Conclusiones

Al inicio de esta investigación se formulaba la siguiente la pregunta: ¿Cuáles son las razones por las que la Federación Rusa no ha actuado con mayor contundencia en el conflicto de Nagorno-Karabaj sucedido en el año 2020? Pregunta ante la que se planteaba la hipótesis de que la Federación rusa tiene demasiados conflictos abiertos tanto a nivel interno como externo, y que por ende es la falta de capacidades la que condiciona las posibles acciones que desearía llevar a cabo el Kremlin en la región.

A lo largo de esta investigación se han abordado distintas cuestiones que permiten extraer algunas conclusiones en relación a la pregunta de investigación y a la hipótesis planteada, las cuales cabe advertir que son puramente interpretaciones del autor del presente trabajo y por tanto no pretenden ofrecer ningún tipo de verdad absoluta, o ni siquiera parcial, sino simplemente arrojar, valga la redundancia, las conclusiones a las que se han llegado a través del trabajo realizado, las cuales se presentan a continuación:

A pesar del cese de hostilidades en Nagorno-Karabaj, y de la frágil tranquilidad que se respira en la región del Cáucaso en general, este territorio sigue siendo una región que debido a sus particularidades es extremadamente conflictivo (intereses energéticos, tensiones étnicas, crecimiento del islamismo radical, tráfico de drogas, corrupción gubernamental...) y desafortunadamente no parecen existir indicios de que la suerte del Cáucaso vaya a cambiar (Sánchez, 2014:15).

Con el inicio del siglo XXI la Rusia de Vladimir Putin comprendió que debía reaccionar con rapidez y firmeza a la presión ejercida por Occidente en su “near abroad” (extranjero próximo) si no quería ser rodeada de bases militares de la OTAN, reacción que materializó con un seguido de estrategias y políticas agresivas especialmente en el periodo 2008-2014, pero que debido a la multiplicación de conflictos tanto dentro de sus fronteras como en las proximidades de las mismas, tuvieron que ser atenuadas, y, en el caso del Cáucaso, convertirse en estrategias más bien defensivas, basadas en defender el equilibrio de poder existente y no perder más influencia ante sus competidores regionales.

La ambición de Georgia de convertirse en un país enmarcado en la lógica occidental, junto con el anhelo de Ankara y Bakú de promover el panturquismo y hacer valer la cultura islámica como ariete para lograr éste objetivo representan para Rusia uno de los múltiples problemas que amenazan y cuestionan su influencia histórica sobre esta región (Salazar, 2016:6).

La alianza entre Moscú y Ereván en la región se presenta, a priori, insuficiente para que Rusia pueda mantener una posición dominante en la región caucásica (Salazar, 2016:6), región que además, incluye una serie de conflictos comunes a gran parte de las antiguas exrepúblicas soviéticas (sobre todo las de Asia central), los cuales suponen para Rusia una potencial amenaza que puede ser exportada a su propio territorio (Marcu, 2007:14-16).

La voluntad de la Federación rusa de mantener una influencia prácticamente exclusiva en el antiguo espacio-postsoviético y frenar la influencia de otras potencias en dicho espacio (De la Cámara, 2010:3) produce en Moscú un desgaste constante, que es acrecentado por la poca utilidad que le ha dado la CEI o la OTSC, especialmente en ésta última, en la que la mayoría de sus integrantes mantienen vínculos con Azerbaiyán en el marco del Consejo Túrquico, incluyendo países como Kazakstán y Kirguistán (Botta, 2020:10).

Sin embargo, Rusia necesita el Cáucaso, en tanto que si pretende ampliar su producción y exportación de recursos energéticos (y reducir su demanda doméstica) requiere mantener una posición de influencia en ésta región, la cual podría convertirse en la clave para que Moscú sufrague (al menos parcialmente) las dificultades económicas que limitan en todos los ámbitos al país eslavo (Salazar, 2016:7).

Pero la realidad es que los déficits estructurales de su poder potencial y consecuentemente militar (Baqués, 2020:261-262), así como la necesidad de mantener un complicado juego de equilibrios con Irán, y sobre todo con Turquía, deriva en que la única estrategia que puede adoptar el Kremlin (en la actualidad) es la de perpetuar el conflicto de Nagorno-Karabaj, aunque esta opción no está exenta de riesgos para Moscú.

Como se ha comentado en esta investigación, el conflicto de Nagorno-Karabaj podría reavivar y desestabilizar aquellos otros territorios (por ejemplo en la zona ciscaucasica rusa) que tienen la misma esencia, poniendo en peligro la estabilidad interna de Rusia; no obstante, al mismo tiempo, Rusia pretende balancear el equilibrio de poder en la región caucásica mediante el mantenimiento de un conflicto (Nagorno-Karabaj) que limita la influencia de sus principales competidores, Turquía, Irán, y también Azerbaiyán (Ibarra, 2011: 34-35).

El intento de mantener el equilibrio de poder en la región por parte de Rusia está basado claramente en sus intereses geoenergéticos en este territorio, y lo cierto es que aunque su alianza con Armenia se presente como insuficiente, el conflicto de Nagorno-Karabaj y el resultado de la última contienda armada ha servido al Kremlin para desplegar tropas en zonas en las que no estaban establecidas anteriormente (durante 5 años, con opción a prórroga), y su permanencia en la base militar presente en Armenia, al menos hasta 2044 (Peña-Ramos, 2018:233) ayudan a vislumbrar que el Kremlin seguirá siendo un actor importante en la región caucásica.

Por tanto, la estrategia de Moscú en la región basada en el mantenimiento/congelación de conflictos sigue dando sus frutos, aunque en tanto que estrategia defensiva adoptada por la falta de poder potencial ruso deberá ser reformulada si el escenario geopolítico ruso a nivel global no da señales de cambio.

Además, a los problemas que se enfrenta Moscú cabe añadir también la falta de integración de las organizaciones internacionales confeccionadas desde el Kremlin (CEI, OTSC, y OCS⁷⁴ principalmente) en las cuales son patentes grandes diferencias sociales, regionales, económicas, y por supuesto étnicas (Marcu, 2007:6), diferencias que amenazan con desestabilizar la convivencia de los estados integrantes de estas organizaciones, más todavía cuando el gigante asiático (China) aumenta su influencia en el espacio postsoviético, y las antiguas exrepúblicas soviéticas buscan apoyos que se sitúan entre Moscú, Washington, Pekín, y Bruselas (Marcu, 2007:25).

Por otra parte, el Cáucaso es una región en la que la confluencia de intereses (ya sea de Estados o empresas transnacionales) relacionados con la extracción, transporte y suministro de recursos energéticos no invita a que ninguno de estos actores que operan o tienen influencia en esta región, sean partidarios de que el conflicto de Nagorno-Karabaj adquiriera una mayor dimensión, debido a que los intereses económicos (incluidos los de Moscú) están, al menos por ahora, por encima de cualquier aspiración étnico-nacionalista entre Armenia y Azerbaiyán (Marcu, 2007:196).

⁷⁴ La Organización de Cooperación de Shanghái fue concebida por Rusia como una organización militar, pero la realidad es que para China, la cual es lógicamente el país con más influencia en esta organización, opera dentro de la misma desde una dimensión principalmente económica (De la Cámara, 2010:10).

En clave civilizacional, la voluntad de Rusia de unir a los pueblos eslavo-ortodoxos bajo la cruz de San Andrés requiere necesariamente de un mayor equilibrio económico y social entre la Rusia europea y la Rusia asiática (De la Cámara, 2010:42), algo difícil de conseguir en un contexto en el que la despoblada Rusia oriental es repoblada con población procedente de China, a lo que cabe añadir que la influencia del gigante asiático en las exrepúblicas soviéticas de Asia central es cada vez mayor, hecho que no es de extrañar atendiendo a las estrategias enmarcadas en el “soft power” chino, el cual hace valer su poder económico como elemento de peso en sus relaciones con los países donde pretende influir, pero a diferencia de Rusia, sin la necesidad de recurrir a chantajes y amenazas constantes (con matices), presentándose de este modo como un Estado más “amigable”, al menos por ahora.

Otra de las enfermedades crónicas que padece el coloso eslavo es que, tal y como expuso Mahan, los Estados continentales tienen, a diferencia de los estados insulares, el problema añadido de la multiplicación de fronteras con otros Estados, que en ocasiones pueden ser muy poderosos. Dichas fronteras deben ser defendidas, hecho que se traduce en un mayor gasto económico y en definitiva en un desgaste más amplio (Baqués, 2020:273), realidad que en el Estado de mayor dimensión en el globo terrestre queda claramente escenificado, y además adquiere un nivel de complejidad añadida, puesto que éstas fronteras defendidas son, en el caso de Asia central, y del Cáucaso (parcialmente) colindantes con países de distintas civilizaciones, y por tanto las tensiones podrían dar lugar a conflictos que serían susceptibles de adquirir un grado de brutalidad preocupante según las aportaciones de Huntington (1996).

El argumento de Mahan conduce inevitablemente a algunas de las conclusiones a las que llegó Mearsheimer (2001), en tanto que los esfuerzos de un Estado por concentrar sus defensas en una región determinada (en el caso de Rusia, sería la región ucraniana del Donbás) implica dejar a otras regiones o territorios expuestos a una mayor vulnerabilidad, y por ende, comportar que el Estado en cuestión se vea obligado a ceder en sus pretensiones o a perder soberanía (Baqués, 2020:273).

En Nagorno-Karabaj, y en el Cáucaso central, Rusia no puede permitirse que se produzca una desestabilización de gran magnitud en la región, principalmente por los intereses energéticos que tiene en la misma, aunque también por la necesidad de mantener el frágil equilibrio que caracteriza sus relaciones con Irán, y sobre todo Turquía, con la cual mantiene una relación de co-dependencia importante.

Aun con todo lo expuesto, De la Cámara (2010) opina que a Rusia le corresponde ser un actor de peso en el escenario internacional por distintas razones (históricas, geográficas, económicas, militares, culturales...) pero sin embargo, la crisis de 2008 puso de manifiesto las limitaciones de Moscú derivadas de sus déficits estructurales internos, ya sean en materia económica, social y/o militar (De la Cámara, 2010:4).

Por tanto, son precisamente estas carencias inherentes a Rusia las que permiten comprender que en realidad, Moscú no puede alterar el equilibrio de poder en la región del Cáucaso a su favor de un modo más contundente, y que por ello el Kremlin no tiene demasiada prisa en resolver los conflictos congelados, no sólo de Nagorno-Karabaj, sino también los de Abjasia, Osetia del sur, Transnistria...entre otros, debido a que éstos sirven a Rusia para mantener su influencia y capacidad de presión en diversas regiones, aunque de un modo defensivo, y no ofensivo (De la Cámara, 2010:41).

No obstante, como se ha comentado, los recursos energéticos suponen el elemento que condiciona los intereses y las relaciones entre las potencias regionales del Cáucaso (y de la comunidad internacional en términos generales), pero lo cierto es que los avances en el desarrollo de energías renovables a nivel mundial (especialmente en la Unión Europea) sumado al empleo de las nuevas técnicas de extracción de hidrocarburos (mejoras en la extracción del denominado "shale gas") y la disminución de los precios de hidrocarburos en el transcurso de la pandemia del covid-19 (así como la volatilidad de los precios en el mercado), no auguran un futuro demasiado prometedor para Moscú.

En este sentido, la gran esperanza rusa reside en la apertura de las vías marítimas en el océano ártico (Baqués, 2020:270), las cuales permitirán a Rusia establecer nuevas rutas comerciales con otros Estados, y reducir los costes logísticos de exportación a determinados países, sin olvidar que la apertura del ártico comportaría también reducir la dependencia turca en cuanto al paso de las navíos rusos en los estrechos del Bósforo y los Dardanelos (aunque de un modo ínfimo, ya que esa ruta representa una arteria vital para Moscú).

Sin embargo, la hipotética apertura del ártico no representaría una solución total a los problemas económicos rusos, en primer lugar porque en la región ártica confluyen también los intereses de Washington y Pekín, segundo, porque Rusia dependería en gran medida del paso por el Estrecho de Bering, situado a escasos kilómetros de la frontera estadounidense en Alaska, y por ende, y probablemente más importante, el progresivo desarrollo de energías renovables y la volatilidad de los precios en el mercado de hidrocarburos permiten desvelar que la apertura del ártico llega demasiado tarde para Rusia.

Del mismo modo que la crisis de 2008 puso de manifiesto las deficiencias y la dependencia económica rusa del mercado de los hidrocarburos, el reciente conflicto de Nagorno-Karabaj supone de nuevo un suceso en el que se han desvelado la falta de capacidades de Rusia, especialmente por permitir que Armenia y Nagorno-Karabaj hayan sido “pisoteadas” por Bakú y Ankara, debido a la dependencia rusa de mantener buenas relaciones tanto con Turquía como Azerbaiyán, siendo poco creíbles los argumentos que sostienen que Vladimir Putin simplemente ha querido dar un toque de atención al “prooccidental” Nikol Pashinián (primer ministro de Armenia) y demostrarle que no es recomendable alejarse de la órbita de Moscú.

Lo mencionado en el párrafo anterior tiene lógica atendiendo que, por un lado, ante una escalada de tensión aun mayor de la que se vivió en el último conflicto de Nagorno-Karabaj, Rusia tendría graves dificultades para combatir a Turquía y Azerbaiyán, hecho que de todos modos se presenta como irreal fruto de la necesidad de estos 3 países de mantener cierta estabilidad en la región, y la co-dependencia que mantienen entre ellos.

Por otra parte, Mearsheimer subrayó que los Estados siempre estarán satisfechos con más y no con menos poder, por tanto no resulta creíble que Rusia, en el estado de convalecencia en el que se encuentra, se permitiera perder voluntariamente todavía más influencia y poder en el Cáucaso, menos todavía cuando los problemas ligados a los recursos energéticos suponen una traba de gran magnitud para la supervivencia de cualquier Estado (Salazar, 2016:7), por tanto, la estabilidad del Cáucaso supone para Putin, la supervivencia del Estado ruso (Salazar, 2016:38), motivo que sustenta la hipótesis de que Rusia no puede “luchar” en todos los frentes con la misma intensidad.

Ahora bien, el sentimiento de abandono generado por Moscú en Ereván (haya sido intencional o no) puede resultar en los próximos años un grave problema para Rusia. Armenia ya ha tratado de aproximarse a Occidente, especialmente a la Unión Europea, y en vistas al desamparo producido por el abandono de Rusia, Armenia podría buscar apoyos con más firmeza en el mundo Occidental, en China, o incluso en Irán, y romper de este modo lazos con el Kremlin.

No obstante este escenario resulta complicado al menos a medio plazo, debido a que la dependencia económica y militar respecto a Moscú supone un elemento que deja poco margen de maniobra para estrategias que pretendan enfrentarse abiertamente a Moscú, y seguir el papel que llevó a cabo la vecina Georgia.

Como se ha comentado al inicio de este apartado, el desenlace del último conflicto en Nagorno-Karabaj ha resultado ser, incluso, positivo para Rusia, ya que ha conseguido limitar las aspiraciones azeríes y turcas en la región, hecho que provoca cierto nerviosismo en Ankara (Setién, 2020:20). Ante la multitud de frentes abiertos que tiene Moscú, y la necesidad de mantener sus esfuerzos en el Donbás, la mejor (y puede que la única) estrategia que puede adoptar el Kremlin en el Cáucaso es una estrategia defensiva que tiene como finalidad no perder más poder en la región, mantener la influencia existente, y no permitir que Irán y especialmente Turquía alteren demasiado el equilibrio de poder vigente.

Cabe rescatar en este punto una de las aportaciones de Mearsheimer tratadas en el marco teórico, la cual reza que el mejor escenario para una gran potencia es ser la única potencia en su región y dominar la misma sin tener que rivalizar con otras potencias dentro de la misma, circunstancia que tienen en cuenta Moscú, Teherán y Ankara.

No obstante, ésta última (Turquía) ha sabido actuar como un maximizador de poder sofisticado, en tanto que ha sabido explotar las debilidades de Rusia y de sus alianzas, y por ende reconocer cuando ha sido posible tomar provecho de las asimetrías de poder, para así lograr un aumento de su poder relativo (Elman y Jensen, 2014, citado en Salazar, 2016:19) aunque con toda seguridad el resultado de la estrategia turco-azerí en Nagorno-Karabaj no haya sido el deseado por Erdogan.

Moscú sigue siendo la potencia dominante en el Cáucaso, y por ello sus esfuerzos están dirigidos a intentar que la estructura de poder en la región no se altere, pero su falta de poder potencial entre otras debilidades le obligan a actuar como un simple mediador de los conflictos en el Cáucaso, proponiendo soluciones que son adecuadas únicamente para el Kremlin, razón que explica la poca efectividad de las mismas (Buzan, 2003, citado en Salazar, 2016:26-27). Para Buzan (2003): “Moscú se encuentra en la misma situación que Washington en las Américas, no está dispuesto a entregar su unilateralismo y por tanto su discurso de multilateralismo es tan difícil de vender en la región” (Buzan, 2003, citado en Salazar, 2016:27).

Lo cierto es que por ahora, la estrategia confeccionada por el Kremlin ha dado resultados, si más no, aceptables (o no negativos) para Rusia, ya que el statu quo de la región no ha sufrido graves alteraciones, y el conflicto se mantiene “congelado”.

Sin embargo, Rusia es consciente de las limitaciones de su poder potencial, y por ello deberá plantear nuevas estrategias de política exterior (Salazar, 2016:28) para mantener su hegemonía y frenar la injerencia de las potencias externas (Salazar, 2016:48) si no quiere correr el riesgo de que su “patio trasero” se convierta, todavía más, en un avispero que traslade la naturaleza de sus conflictos al territorio ruso, amenazando su seguridad nacional, y por ende, su supervivencia.

En conclusión, estando totalmente de acuerdo con Marcu (2007) Rusia representa un problema geopolítico en sí misma, debido a los conflictos y tensiones derivados de las minorías que se encuentran tanto dentro como en la periferia de su territorio, los graves desajustes existentes entre la Rusia occidental y oriental y la corrupción de la clase política rusa (Marcu, 2007:4) a lo que debe añadirse la dependencia económica de los hidrocarburos, la falta de integración en sus organizaciones internacionales, el drama civilizacional fruto de la condición de Estado desgarrado (y el riesgo de convertirse en un Estado escindido) y los conflictos probables que pueden surgir en la Rusia Asiática ante la expansión de China.

Por ende, la cuestión relativa al por qué Rusia no ha actuado de un modo más contundente en el conflicto de Nagorno-Karabaj queda, al menos en parte, corroborada por la hipótesis que se había planteado al inicio de la presente investigación, y por tanto es la falta de capacidades (poder potencial), los déficits estructurales y las carencias sociales, la problemática relativa a las minorías étnicas que en determinadas regiones son mayoría, el distanciamiento de algunas exrepúblicas soviéticas respecto a Moscú, y la multitud de frentes que se multiplican constantemente en todos los puntos del vasto territorio ruso, motivos que en conjunto obligan al Kremlin a establecer prioridades, y el Cáucaso no es por ahora la prioridad principal, hecho que no excluye que siga siendo una región muy importante para Rusia por razones obvias, y que en estos momentos sea la estrategia defensiva y el mantenimiento del equilibrio de poder en la región el único método plausible desde Moscú para lograr su objetivo, al tiempo que atiende otros problemas en regiones que según el Kremlin requieren de más atención, por ahora.

6. Referencias Bibliográficas

Albero, J. (2012). *Irán, el Cáucaso y la seguridad del mar Caspio*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. El Gran Cáucaso. pp. 141-180.

Albero, J. (2020). *Combates en Nagorno-Karabaj: un nuevo blitz de Erdogan*. Estudios globales. Revista Global Strategy. pp.1-3.

Alesso, M. (2019). *Post guerra fría inconclusa: el caso del Nagorno Karabaj. El conflicto armenio-azerí y posición e intereses de Rusia, Turquía e Irán en la región*. Cuadernos de Política Exterior Argentina (Nueva Época), 129, junio 2019, pp. 21-39.

Andrés, A. (2005). *Relaciones político-económicas entre Rusia e Irán*. Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos.

Antaramián, C. (2016). *Esbozo histórico del genocidio armenio*. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México Nueva Época, Año LXI, núm.228. pp. 337-364.

Baddeley, J. (1908). *The Russian conquest of the Caucasus*. Cornell University Library.

Baqués, J. (2020). *Los dilemas estratégicos de Rusia*. Grupo de Estudios de Seguridad Internacional. pp.261-274.

Botta, P. (2020). *Enfrentamiento entre Armenia y Azerbaiyán*. Documento de Opinión. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Boulgourdijian, N. (2014). *Deportación de la población armenia: herramienta de exterminio, desposesión de derechos y sufrimiento subjetivo*. Prácticas genocidas y violencia estatal en perspectivas transdisciplinar. Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio. pp.18-29.

Cornell, E. (1999). *The Nagorno-Karabakh Conflict*. Report no. 46, Department of East European Studies.

De la cámara, M. (2010). *La política exterior rusa*. Documento de trabajo 33/2010. Real Instituto Elcano.

Escribano, G. (2014). *Las consecuencias energéticas del conflicto de Ucrania*. Real Instituto Elcano.

Gsell, N. (2011). *Rusia y el Cáucaso: las zonas de tensión*. Balance de una década de paz y conflictos: tensiones y retos en el sistema internacional. Anuario 2010-2011. Centro de educación e investigación para la paz. pp.193-212.

González, F. (2011). *Conflictos en el espacio postsoviético: situación actual y posible evolución futura*. Boletín de información n.º 319. Ministerio de Defensa. pp.7-38.

González, F. (2012). *El gran Cáucaso. La Rusia Caucásica y la relación de la federación con el Cáucaso sur*. Cuaderno de Estrategia nº156 (2012). Instituto Español de Estudios Estratégicos

González, F. (2014). *El conflicto de Nagorno-Karabaj ¿Camino de una solución negociada?* Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Guerrero-Solé, F. (2012). *La crisis de valores en la Rusia postsoviética. El papel de la Iglesia Ortodoxa en los medios de comunicación de masas*. Universidad Pompeu Fabra. pp. 118-128.

Hairabedian, F & Thus, V. (2018). *El juicio por el derecho a la verdad del Genocidio Armenio: Herramientas contra la negación, por la verdad y la justicia*. Bordes: Revista de política, derecho y sociedad.

Hernández, A. (1973). *El régimen soviético de relaciones del Estado con la Iglesia*. Revista de estudios políticos (nº188).

Hintlian, G. (2003). *Genocidios y crímenes contra la humanidad: el genocidio armenio*. Revista: Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales. nº 10, págs. 65-94.

Huntington, S. (1996). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós Estado y Sociedad (edición marzo de 2020).

Ibarra, C. (2011). *Análisis de la influencia del conflicto por Nagorno-Karabaj en la construcción de un complejo regional de seguridad entre Irán, Rusia y Turquía en el sur del Cáucaso (periodo 1988-2008)*. Universidad Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. Facultad de Relaciones Internacionales (Bogotá D.C, 2011).

Mangassarian, S. (2015). *100 years of trauma: the armenian genocide and intergenerational cultural trauma*. Journal of aggression, maltreatment & trauma 2016, VOL. 25, Nº. 4, pp.371–381.

Marcu, S. (2007). *La geopolítica de la Rusia postsoviética: desintegración, renacimiento de una potencia y nuevas corrientes de pensamiento geopolítico*. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Universidad de Barcelona. Vol. XI, núm. 253.

Mearsheimer, J. (2001). *The tragedy of great powers politics*, Updated Edition (2014). The Norton Series in world politics.

Mearsheimer, J. (2014). *Why the Ukraine Crisis Is the West's Fault: The Liberal Delusions That Provoked Putin*. Foreign Affairs, 93(5), 77-89.

Minassian, A. (2010). *Nagorno Karabagh: Volver a Artzakh*. Instituto de relaciones internacionales de la Universidad Nacional de la Plata, Argentina. V Congreso de relaciones Internacionales.

Moreno, A. (2003). *Nagorno-Karabaj: ¿Disputa Territorial o energética?* UNISCI Discussion papers.

Peña-Ramos, J. (2018). *La estrategia rusa de poder entre los mares Negro y Caspio: el conflicto de Nagorno-Karabaj en el Cáucaso Sur*. Revista General de Marina, Nº 274, pp. 227-237. Grupo de Estudios en Seguridad Internacional.

Ruiz, J & Vilarrubia, J. (2006). *Canales de reciclaje internacional de los petrodólares*. Documentos ocasionales nº0605. Banco de España.

Salazar, J. (2016). *Un zar que no juega al azar: La política exterior y de seguridad energética de Vladimir Putin en el Cáucaso*. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de ciencias políticas y relaciones internacionales. Bogotá D.C

Sánchez, A. (2010). *La proyección económica internacional de Rusia*. Influencia de la nueva Rusia en el actual sistema de seguridad. pp. 85-120.

Sánchez, M. (2014). *El Cáucaso y Asia central. La geopolítica de la esfera rusa*. Universidad de Oviedo.

Sánchez, J. (1995). *Los estados surgidos de la antigua Unión Soviética y su articulación territorial en torno a Rusia*. Espacio Tiempo y Forma. Serie VI, Geografía, [S.l.], n. 8, ene. 1995. ISSN 2340-146X.

Serrano, A. (2003). *Grandes ámbitos de la historia cultural europea: La historia de los turcos*. Universidad Carlos III de Madrid.

Setién, S. (2020). *Conflicto de Nagorno Karabaj 2020: ¿Nos encontramos ante la solución definitiva?* Documento de Opinión. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Torres, J. (2020). *Nagorno Karabaj: un nudo gordiano en mitad del Cáucaso*. Documento de análisis 34/2020. Instituto Español de estudios estratégicos.

Torres, R. (2012). *Complejidad y tensión en las relaciones contemporáneas entre Irán, Armenia y Azerbaiyán*. Consejo Argentino para las relaciones internacionales.

Trushcheleva, M. & López, V. (2015). *La evolución demográfica y la importancia de los flujos migratorios en Rusia: un recorrido histórico*. Universidad de Valencia.

Yákovlev, P. (2018). *La economía de Rusia proyecta un gran salto*. Publicado en Iberoamérica Journal, nº3, 2018, pp.7-32.

Fuentes

Colás, X. (2019, 24 de abril). Vladimir Putin "regalará" pasaportes rusos en las zonas sublevadas del este de Ucrania. *El Mundo*.

Flores, F. (2020, 11 de noviembre). Armenia cede y acepta la paz rusa en el conflicto de Nagorno-Karabaj. *La vanguardia*.

Iriarte, D. (2015, 14 de mayo). ¿Por qué Turquía no reconoce el <<genocidio>> armenio? *ABC Internacional*.

North Atlantic Treaty Organization. (2008). *Bucharest Summit Declaration*.

Oficina de prensa de la santa sede (2016, 23 de junio). *Breve historia de la Iglesia en Armenia*.

Ortega, I. (2020, 12 de septiembre). Armenia es Europa, pero Rusia es nuestro aliado, según el ministro de Exteriores. *Agencia EFE*.

The World Bank (2019) *Population, total-Russian Federation 2019*.

U.S Energy Information Administration (2017). *Oil Exports*.